
La conquista del ESPACIO
CONTACTO EN LA IV FASE
Kelltom McIntire
CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

519. Planeta sin ley, Ralph Barby.
520. Intriga galáctica, A. Thorkent.
521. El hombre que vendió la Tierra, Clark Carrados.
522. Astor «el Cruel», Joseph Berna.
523. Destino: Deneb IV, A. Thorkent.

KELLTOM McINTIRE

CONTACTO EN LA IV FASE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n. 524
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 19.940 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain 1.» edición: agosto, 1980

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Jane se apresuró a venir a la sección «D» en cuanto tuvo noticias de que teníamos en nuestro poder el informe del teniente John Kurrie.

Vi que *la Esplendorosa* —así llamábamos familiarmente a June Winterman en la Base Ganímedes-I— frenaba su *scooter* eléctrica con admirable pericia ante el despacho-cabina del mayor Burnside, y salí a recibirla.

En verdad Jane merecía sobradamente su apodo de Esplendorosa: era un admirable ejemplar del sexo femenino, con una larga cabellera rojiza que flotaba como una llamarada alrededor de un rostro anguloso, de facciones agresivas y picarescas, ojos de un suave tono violeta, y un cimbreante y elástico cuerpo que atraía magnéticamente las miradas de cualquier varón que se encontraba a menos de cien metros de su zona de influencia.

Los críticos más ácidos de la Base Ganímedes-I — en todas partes abundan los descontentos a ultranza — decían que a Jane Winterman le sobraban senos y le faltaban unos cuantos centímetros en el contorno de las caderas, pero para mí la Esplendorosa era sencillamente adorable. Yo la amaba rendidamente, pero ella —desgraciadamente— no me tomaba muy

en serio. Me consideraba demasiado joven y voluble... cuando la verdad era que yo tenía ya veinticinco años. (Ella acababa de cumplir los veintidós.)

El interés de Jane por asistir al primer examen de los documentos que componían el informe Kurrie estaba justificado. Jane había participado en la exploración del páramo Einstein, situado en el hemisferio Sur del satélite Ganímedes. Y allí, precisamente, había desaparecido cuatro meses atrás, el teniente de ingenieros John Kurrie.

Jane y Kurrie habían mantenido lo que podría definirse como una *entente amoureuse,* aunque había repetido en centenares de ocasiones que su relación con John no era otra que la propia de dos amigos que se comprenden a las mil maravillas.

— ¿Ya? —preguntó Jane, anhelante, cuando ambos nos reunimos en el vestíbulo del despacho de Ted Burnside. —Ya —respondí—. Fue muy dificultoso rescatar los restos de la nave Fireplane de Kurrie de la profunda sima donde se encontraba. Pero, en fin, sólo aguardábamos tu llegada para reproducir la grabación de vídeo hallada en la nave de John. Vamos allá.

Como siempre, me sentí ardientemente celoso cuando las miradas de nuestros camaradas varones se posaron ávidamente sobre el bello cuerpo de Jane.

Les hubiera matado..., si ello fuera posible, con la simple mirada.

Estábamos reunidas ocho personas en el espacioso despacho del mayor Ted Burnside. Además de éste, asistíamos Jane *la Esplendorosa,* el zoólogo Peter Wardour, el espeleólogo Max Quincy, el meteorólogo Dick Sloane, el geólogo Chuck Jones, el ingeniero Dan Doyle y yo mismo, teniente-piloto Glen Flanders, que ejercía también las funciones de ayudante del mayor Burnside.

Cuando todos saludaron con excesiva galantería a la Esplendorosa, Burnside carraspeó para fijar nuestra atención y cuando lo hubo conseguido dio a Doyle la orden de que comenzara el examen del material filmado por el desgraciado John Kurrie.

Todos permanecimos expectantes y un tanto nerviosos hasta que en la gran pantalla comenzaron a verse distintas imágenes del desolado páramo Einstein. Inmediatamente escuchamos la voz viril, bien timbrada, de John Kurrie.

> «Este es el informe núm. 108-GAD. Operación de exploración iniciada en la mañana del 17 de julio. Estamos sobrevolando el páramo Einstein a una altura de poco más de 3.600 pies. Como se ve, Einstein está cubierto por enormes

> masas de hielo y presenta un aspecto uniformemente plaño. Sin embargo, de cuando en cuando, pueden advertirse; profundas grietas de un azul intenso, algunas de ellas 80 a 100 metros de anchura y de un fondo difícilmente calculable...»

El Fireplane de Kurrie volaba precisamente sobre una de aquellas grietas sobre el hielo. Vi una línea quebrada, de un azul casi negro, en cuyos bordes se producían destellos cegadores.

> «Este es el extremo sur del páramo Einstein. Fue al volver, una vez visionada la grabación de vídeo, cuando advertí una sensible diferencia entre las anteriores imágenes y lo que mis ojos veían ahora, a la vuelta. Por desgracia, los aparatos sufrieron una avería y me fue imposible grabar el nuevo aspecto del páramo, precisamente el promontorio que me había llamado la atención...»

El mayor Burnside alzó una mano y la reproducción de imágenes se interrumpió.

Encendida la luz habitual, Burnside se dirigió a

Jane Winterman.

—Usted estaba allí, Jane —dijo—. Debió ver el promontorio a que se refiere Kurrie en su informe. ¿Puede explicar nos lo que vio?

—Desde luego —respondió la Esplendorosa. Tragó saliva y añadió—: Creo que jamás podría olvidar lo que siguió .1 continuación...

—Muy bien. Explíquese.

—John se enfureció cuando comprendió que no podría tomar imágenes de aquello que le había llamado la atención y que él llamó *duna.* Desde arriba tenía el aspecto de una duna o una loma, pero cuando John hizo descender la nave…

—Siga.

—Lo que parecía una especie de caparazón liso y curvo, se veía a escasa distancia (unos cuatrocientos metros) como un insólito cuerpo alargado recorrido por multitud de líneas sinuosas que componían un complicado dibujo. Para que puedan hacerse una idea aproximada, les diré que aquella gran duna semejaba un mastodóntico cerebro.

La declaración de Jane produjo el lógico asombro. Sin embargo, permanecíamos tan atentos a las palabras de la Esplendorosa que ninguno de nosotros se atrevió a hacer el menor comentario.

— ¿Qué dimensiones tenía esa duna, para seguir utilizando su vocabulario, señorita Winterman? —

preguntó el corpulento Burnside.

—No estoy muy segura, pero calculo que mediría no menos de cien metros de longitud por unos cuarenta de anchura —respondió nuestra especialista en Cartografía.

Burnside se mesó el canoso bigote.

—Dígame, Jane... Aparte de ese insólito aspecto, ¿vieron algo que les llamara especialmente la atención? —interrogó.

Jane se agitó, inquieta.

—Desde luego. Estropeada la cámara de vídeo, comencé a filmar con mi pequeño tomavistas, en mi ansiedad por conservar algún documento gráfico de aquella duna o caparazón. John descendió dos centenares de metros con su Fireplane. Y entonces advertimos que la nieve salía despedida fantásticamente del suelo y un resplandor vivísimo, plateado, destellaba sobre la duna...

Jane hizo una pausa y nos dirigió una intensa mirada a todos.

—Ya saben que la película de mi tomavistas estaba velada en toda su longitud. Fue imposible aprovechar un solo metro del filme —añadió.

— ¿Qué ocurrió entonces? —pregunté yo, ávido de saber.

—Cuando la nieve pulverizada salió disparada en todas direcciones, comprendimos que no se trataba

de una duna sino de... *algo que se movía allá abajo* sobre el páramo.

— ¿Qué era exactamente?

Jane apartó con un brusco movimiento las rojas guedejas que habían resbalado sobre su rostro.

— ¿Cómo podría describirlo? —exclamó, desorientada y confusa—. Ya saben que he estado enferma, hospitalizada durante casi dos meses: Algunas cosas las recuerdo de forma muy vaga... Lo que veía abajo, me pareció un animal.

— ¿Un animal? —preguntó Burnside, incrédulo.

—Esa fue mi impresión —insistió Jane.

Peter Wardour se puso impetuosamente en pie.

— ¡Vamos, vamos, Jane! Tú sabes muy bien que Ganímedes carece de fauna propiamente dicha. Y mucho más de un animal de esas colosales dimensiones —exclamó el zoólogo.

Jane me miró de reojo. Su expresión parecía decir: « ¿Qué otra cosa puedo añadir, si ésa fue precisamente mi impresión?»

—Déjela continuar, Peter —medié yo. Y Jane me agradeció mi intervención con una cálida mirada de agradecimiento.

—Siga, señorita Winterman —la animó el mayor Burnside.

Jane agitó, nerviosa, su brillante cabellera roja, suspiró tenuemente y prosiguió:

—El Fireplane comenzó entonces a vibrar de modo espeluznante. John Kurrie palideció al comprobar que la nave no obedecía a los mandos y descendía vertiginosamente...

Los generosos senos de la Esplendorosa se hincharon tanto que su fino suéter amenazó estallar.

—Aquel extraño cuerpo redondeado seguía deslizándose sobre el páramo Einstein a velocidad creciente. Parecía... —Jane se interrumpió, indecisa.

—Dígalo —la urgió Burnside.

—Parecía una colosal tortuga. Sí, ésa es la expresión que mejor podría describirlo: una gran tortuga de caparazón pardo-irisado y brillante. Lo más sorprendente fue lo que ocurrió a continuación, segundos antes de que el Fireplane se estrellara contra el páramo...

Consciente de que todos estábamos pendientes de ella, Jane hizo una pausa magistral, lo que aumentó la atención ambiental varios grados.

—Explíquese —gruñó Burnside, impaciente.

—La «tortuga» desapareció en la grieta más próxima

— ¿Desapareció? —se extrañó el zoólogo Wardour.

—Eso fue lo que ocurrió. Se deslizó sobre el hielo, volteó hacia las profundidades y desapareció a la vista. Fue en ese momento cuando el Fireplane se

precipitó a tierra. Chocó contra el páramo helado en oblicuo, razón por la cual el impacto fue menos brutal.

– ¿Y...?

—Yo perdí el conocimiento instantáneamente. Ignoro lo que ocurriría a John. Ustedes me han dicho que desapareció pues su cadáver no se hallaba entre los restos del Fireplane' que al parecer también quedó atrapado finalmente en la grieta.

CAPITULO II

Durante dos meses, Jane Winterman se había debatido entre la vida y la muerte, víctima de una insólita alteración nerviosa. Por fortuna, los tratamientos y cuidados del equipo dirigido por el doctor Collins habían surtido su efecto y Jane fue recuperándose lentamente hasta sanar por completo.

A la preocupación que sentí por su salud, sucedió una gran ansiedad cuando la supe fuera de peligro. El fenómeno detectado en el páramo Einstein me apasionaba. Y así, en cuanto Jane estuvo en condiciones de recibir visitas, intenté averiguar lo ocurrido allí.

Pero Jane se negó a hablar.

—Lo siento, Glen —fueron sus palabras—, pero el jefe de la misión me ha prohibido decir una palabra hasta que la comisión de investigación reciba mi declaración. No obstante...

Atrajo mi cabeza, tomándome por el cuello, y me

besó suavemente en los labios.

Mi piel se erizó de puro placer tras la íntima caricia.

—Sé que has estado pendiente de mí durante todo el tiempo que estuve hospitalizada, Glen... ¡Eres un encanto! —exclamó.

—Y- tú, la mujer que me trae de cabeza —respondí—. Jane, ¿por qué no te decides de una vez? ¡Podríamos ser tan felices! —murmuré apasionadamente.

La tomé audazmente por la cintura y la estreché contra mí. Al contacto, mi cuerpo vibró tan intensamente que Jane se apresuró a rechazarme con suavidad.

—Me gustas, Glen. Me gustas mucho... Pero pareces tan joven e inexperto... —susurró.

Me indigné. ¡Joven e inexperto...! ¿Por qué..., quizá por mi aspecto juvenil? (La verdad es que representaba menos de mis veinticinco años, a pesar de lo cual había sido seleccionado entre millares de candidatos para participar en la operación Ganímedes.)

En compensación, la Esplendorosa acarició mi mejilla con dureza.

—Ambos somos muy jóvenes aún, Glen. Quiero decir... que prefiero seguir gozando de mi independencia por algún tiempo. Más adelante,

quizá...

Así era Jane: magnéticamente hermosa, afectiva, pero siempre escurridiza, inaprehensible. Cuando ella dedicaba una sonrisa o una palabra amable a cualquiera de mis compañeros, mi corazón ardía, devorado por los celos...

Sin embargo. Jane no se mostraba más afectuosa con ellos. Por el contrario... Pero yo me sentía siempre insaciable y celoso, sin poder remediarlo.

En cuanto a la vida en Ganímedes, podría afirmarse que era bastante agradable, dentro las limitaciones ambientales del satélite. La enorme Base Ganímedes-I ponía a nuestra disposición todas las comodidades deseables. Aparte de magníficas instalaciones de seguridad, gozábamos de cabinas privadas, salones de recreo, gimnasios, solarlos, pista de tenis, cine, televisión, incluso un pequeño jardín, una biblioteca y otros numerosos servicios que contribuían a hacer nuestra vida soportable.

Sin embargo, imagino que ninguno de nosotros se sentía en Ganímedes-I como en su casa. El mayor de los satélites de Júpiter{1}, con su superficie helada y su atmósfera pobre e inhóspita, nos parecía un hábitat monótono y agresivo, puesto que nosotros procedíamos de la alegre y luminosa Tierra.

Todos los elementos habían sido desplazados hasta Ganímedes en un asteroide artificial montado en la

Luna e impulsado hacia Júpiter por una fuerza que sólo conocían a fondo los técnicos de la Oficina Espacial. Con los elementos llevados por el asteroide se formó la Base Ganímedes-I. Incluso ensamblaron allí naves como los eficientes Fireplane, que no eran otra cosa que planeadores muy versátiles, dotados de mi impulsor especial a base de fósforos y alcohol.

Las personas que componíamos el equipo de la misión Ganímedes-I teníamos un objetivo común y claramente especificado: obtener datos geofísicos, magnéticos y químicos sobre el satélite. Pero todo ello no era sino el inicio de un proyecto mil veces más ambicioso, para explicarlo de alguna forma.

¿Cuál era este proyecto?

Los científicos de la Oficina acariciaban, largos años atrás, la posibilidad de desplazar al satélite de Júpiter, Ganímedes, hasta las proximidades de Venus.

A Venus sólo le faltaba agua para que la vida pudiera desarrollarse ampliamente sobre el planeta. Y Ganímedes contaba con toda el agua necesaria.

Yo, Glen Flanders, un humilde ingeniero aeroespacial, desconocía las técnicas y posibilidades de la transfusión de agua Ganímedes-Venus, pero en mis cuatro años de servicios a la Oficina, había aprendido que para los sabios que imaginaban ingenios, fórmulas y técnicas allá abajo —La Tierra

— había pocas cosas verdaderamente imposibles.

O, si no, ¿cómo habían conseguido dotar de atmósfera a la Luna y de masas de agua suficientes para que en su superficie se desarrollara en pocas décadas una exuberante flora y una no menos sorprendente fauna...?

> «Dadle al hombre medios suficientes —había dicho Albert Einstein— y él con su inteligencia y, sobre todo, con su necesidad, hará florecer vergeles en pleno desierto...»

En cuanto al satélite de la Tierra, las palabras de Einstein, padre de la ciencia del siglo xx, habían resultado verdaderamente proféticas. ¿Quién hubiera imaginado en 1980 que sobre el polvo lunar crecerían verdaderas selvas...?

El hombre terrestre del siglo XXI había vuelto, audazmente, a la psicología de los conquistadores del siglo xv. Se había repetido una de las constantes de la raza humana: el afán de supervivencia, la necesidad de alimentarse día a día y sobrevivir. Y más aún: perfeccionarse. A la crisis universal de finales del siglo XX había de suceder, por fuerza, un resurgimiento de los valores espirituales de la raza humana. Fenómeno que se produjo por sí solo, en las postrimerías del siglo XX—1990-2000.

La crisis energética, la escasez de los recursos alimentarios, el hambre... No hay idea más trascendental que el recuerdo de las hambrunas tradicionales, para excitar la imaginación del hombre. Cuando un ser humano está hambriento es capaz de matar para conseguir una mínima porción de alimento, pero también —es juslo afirmarlo— su imaginación se desborda hasta límites que las culturas del consumo quizá no podrían entender.

El éxodo masivo de aventureros al Nuevo Mundo a partir del siglo XV se produjo por *a)* una notoria escasez de alimentos que producían hambres eternas en determinadas regiones; *b)* demostradas injusticias sociales; *c)* epidemias y pandemias asoladoras, como las del cólera y la peste, que llenaban de espanto el corazón de los hombres.

Si en el siglo XV habían sido el hambre, la injusticia y las epidemias las que impulsaron a la raza humana a desplazarse hacia tierras lejanas, donde veían las posibilidades de riqueza, bienestar y seguridad..., superado el año 2000, la negra amenaza de la crisis energética debía provocar el mismo movimiento aventurero, orientado sencillamente hacia la supervivencia.

No se trataba ya del afán por descubrir nuevos sistemas de vida distinta —tan propia de las culturas de la opulencia de la década de 1960-70—, sino de

simple necesidad.

Sin embargo, aquellas arriesgadas experiencias de los proyectos «Apollo» y de los menos importantes viajes de cosmonautas soviéticos a bordo de los «Soyuz», tuvieron la virtud de abrir el camino a las siguientes generaciones de aventureros del espacio.

Era posible obtener energía lejos de la Tierra —principalmente sobre la base nuclear, una constante a escala cósmica. Los descubrimientos de las primeras décadas del 2000 llevaron a la raza humano-terrestre a la seguridad de que nuestro entorno cósmico podía depararnos millones de años de supervivencia, si la vida se basaba simplemente en la riqueza energética.

Pero debo reconocer que la ambición del hombre no reconoce límites de ninguna clase. Ya la penuria energética estaba superada: había que conocer, explorar y colonizar nuevos mundos desiertos, muertos para la vida, pero factibles de ser impulsados, germinados y desarrollados a imagen de la Tierra.

La Filosofía se había aliado a la Técnica y con este binomio nada parecía imposible al ser humano.

Hay que puntualizar que a partir del año 2000 se produjo una tremenda convulsión social, económica, política y religiosa. Ya los líderes no obtenían sus votos con simples promesas, sino con hechos fehacientes. Había surgido una nueva fe religiosa

basada en la omni-creación del Todopoderoso y se admitía, aun sin comprobaciones prácticas la existencia de seres inteligentes en otros mundos, no tan lejanos ahora.

* * *

Fue esta fuerza vivificadora la que envió a la misión Ganímedes hacia el espacio. Los sabios aseguraban que Venus podría renacer como un mundo maravilloso y pleno de posibilidades en cuanto contara con la humedad necesaria. Pues bien: nosotros estábamos en el satélite de Júpiter para estudiar sus características y dar el espaldarazo a los científicos. Como ya he dicho, el objetivo era ambicioso: nada menos que desplazar al voluminoso Ganímedes hacia el área gravitatoria de Venus.

Pero no seríamos nosotros, los integrantes de la misión Ganímedes-I, los que llevásemos a cabo aquel esfuerzo de cíclopes. Nosotros obtendríamos datos exhaustivos sobre el satélite en cuya superficie vivíamos. Otros serían los que *empujarían* a Ganímedes hacia la brillante Venus.

* * *

Desde el principio —nuestra llegada a Ganimedes

— habíamos alentado la esperanza de descubrir vida inteligente en este insólito satélite, tan voluminoso corno el mismo Mercurio.

Numerosas obras literarias y diferentes trabajos científicos y parapsicológicos señalaban a Ganímedes en tal sentido. Sencillamente, siempre habíamos creído que Ganímedes estaba habituado: e! satélite reunía ciertas condiciones para albergar seres de una cultura superior a la nuestra. Y, en cualquier caso, ¿no se demostraba la posibilidad de vida en su entorno con nuestra estancia de algo más de tres meses en Ganímedes...?

Pero los primeros reconocimientos y exploraciones, muy concienzudos, habían ofrecido un resultado negativo, decepcionante. Al menos, tal como nosotros podíamos concebirla, no había rastro de tal vida inteligente. Sí, rastreamos y comprobamos la existencia de micro-bacterias resistentes al frío, algunos líquenes e incluso amebas.

Puede refutárseme que elementos tales pueden ser el principio de la vida, pero no la vida inteligente y superior que componemos los seres humanos.

Y ahora... Las declaraciones de Jane Winterman ante la comisión de investigación de GAD-UNO (como solíamos llamar familiarmente a nuestra base) venían a añadir la primera seria interrogante sobre la posible existencia de alienígenas.

* * *

—Quédese unos minutos, Glen —me pidió el mayor Burnside.

Todos habían abandonado la sección «D» —despacho del mayor, donde solían celebrarse las reuniones del comité de investigación científica— y sólo quedábamos mi jefe y yo. Había esperado hasta el último momento porque Jane fue una de las últimas en salir y deseaba impetuosamente conseguir una cita con ella para aquella noche. Pero Burnside, con su petición, acababa de echar por tierra todas mis posibilidades. (Y lo malo era que Dan Doyle había tomado familiarmente por un brazo a la Esplendorosa cuando salieron al vestíbulo...)

Burnside corrió las cortinas del ventanal con un mando electrónico y quedamos aislados. Un tanto intrigado, miré a mi jefe.

—Usted dirá, mayor.

—Siéntese, Glen —Burnside abrió su pequeño mueble-bar y puso a mi alcance un whisky con hielo. Probó un sorbo de su vaso, me miró fijamente y dijo—: Ya sé que pensaba salir corriendo en pos de la señorita Winterman, pero ahora le necesito...

Encendió un cigarrillo y yo hice otro tanto. No hice ningún comentario: Burnside era un buen

observador, pero... también era mi jefe. Aunque me disgustara, mi obligación era escucharle.

— ¿Cree que Jane ha dicho la verdad? —preguntó, súbitamente.

Me atraganté con el licor. Tosí secamente y carraspeé hasta dejar libres mis bronquios.

—Me refiero a su relato sobre la misión 108-Gad, el viaje de exploración que hicieron ella y John Kurrie — añadió Burnside.

Reflexioné.

—Jane es una mujer abierta y sincera, señor respondí fogosamente—. Y además una excelente profesional. Podría asegurar...

—Deje aparte sus sentimientos, Glen. Sé que estima mucho a Jane. Mi consulta es estrictamente profesional y, por supuesto, confidencial —insistió el mayor, tajante.

Di una larga chupada a mi cigarrillo.

—Creo lo que ella dijo, señor. Jane es una mujer muy equilibrada, poco impresionable, a pesar de que su carácter jovial y un tanto intrascendente, podrían hacer pensar otra cosa.

Burnside rió, sin poder contenerse.

—De una cosa estoy seguro, Glen: mis Winterman no podría contar con mejor abogado defensor que usted. Pero vayamos a lo que me interesa. Si damos por decentado que Jane ha sabido describirnos lo que

vio antes de que el Fireplane de Kurrie se estrellara, tendríamos que admitir que se trata de un hecho extraño, ajeno a lo que hasta ahora sabemos de Ganímedes. Usted dirigió el rescate de Jane Winterman y también de los restos de la nave de Kurrie. Quiero conocer su opinión al respecto —exigió.

CAPÍTULO III

Eran las 6.30/3.55 (hora de la Tierra/hora de Ganímedes) ruando en la estación de seguimiento de GAD-UNO dejó de recibirse información de vuelo del Fireplane de John Kurrie. Esto ocurría el 17 de julio, según el calendario terrestre que normalmente nos servía de guía.

John Sheldon, capitán de operaciones, se puso en comunicación conmigo a través de nuestros emisores, de muñeca.

—Prepárate, Glen. Kurrie ha dejado de transmitir y el mayor Burnside está preocupado. Ve al hangar y

toma tu Fireplane. Puede acompañarte Seymour Golman: es un hombre experto y decidido. Lo envío hacia el hangar. Cuando hayáis partido, te iré dando la última posición de Kurrie-Winterman. Ten los ojos bien abiertos y no hagas locuras. Transmite por el ideófono si se estropean los restantes medios de comunicación de a bordo: tú sabes utilizar ese aparato muy bien —Sheldon jamás había conseguido dominar el ideófono, basado en un juego de imágenes que podía transmitirse por impulsos magnéticos muy sofisticados.

—De acuerdo —respondí—. Me dirijo al hangar a bordo de mi *scooter*.

—Transmite cualquier impresión sobre lo que vean tus ojos, Glen. Mucho me temo que Kurrie-Winterman se encuentren con problemas serios.

—Descuida, Johnny. Te tendré al corriente de todo lo que vea— prometí.

Salí de mi cabina, tomé una de las rápidas *scooters* que utilizábamos para trasladarnos en el interior de GAD-UNO me dirigí a toda velocidad hacia los hangares.

Descendía por la rampa unos segundos antes que Seymour Goldman, mi eventual copiloto y ayudante. Seymour era un .muchacho delgado, moreno, habitualmente de carácter muy introvertido, aunque extraordinariamente experto y capaz en cuestiones de

aeronáutica espacial.

Ambos nos dirigimos inmediatamente a las cabinas de vestuarios, nos embutimos en nuestras ropas de vuelo y nos dirigimos a la pista de lanzamiento, donde ya nos esperaba el personal de servicio.

Seymour y yo ascendimos al precioso Fireplane y nos acomodamos en nuestros asientos. Tardé tres minutos en comprobar que todos los aparatos de a bordo funcionaban correctamente. Luego Seymour transmitió a servicios la señal luminosa de que todo estaba dispuesto para que los cartuchos de fosfógeno impulsaran a nuestro Fireplane por la inclinada rampa de lanzamiento hacia el exterior.

En la cola de la nave brotó una llamarada color cobre que rápidamente se transformó en rojo intenso y luego en plata deslumbrante. Una intensísima vibración y el Fireplane salió despedido a más de un millar de metros de altura.

Encendí uno de los impulsores para elevarnos hasta seis mil metros y conseguida esta cota, el Fireplane planeó elegantemente y orientó su fina proa hacia el sur.

Cada cinco minutos enviaba un mensaje al capitán Sheldon, que seguía atentamente nuestra progresión hacia el mediodía a través de los controles de la estación de seguimiento GAD-UNO.

Luego, a unos treinta y dos minutos, estuvimos sobrevolando la superficie helada del páramo Einstein. Un destello de sol rojizo provenía de nuestra derecha y confería a la llanura blanca un atractivo tono cobrizo.

Giré la cabeza a la derecha para mirar a nuestro querido astro solar. ¡Qué pequeño, lejano y mortecino parecía desde la brumosa atmósfera de Ganímedes...!

Sentí una tristeza extraña, insólita en mí, un hombre normalmente alegre y jovial.

Me pregunté si mi estado de ánimo podría deberse a la enorme distancia que nos separaba de la Tierra y del astro-Sol luminoso que había dado calor, luz y vida a nuestro bello planeta.

Pero no era eso. Sencillamente, me sentía alarmado por la Minie que hubiera podido correr mi entrañable Jane Winterman *la Esplendorosa*. Y me pregunté cómo podría llamarse Winterman{2} una criatura que irradiaba vida, luz y cálido afecto a su alrededor.

Seymour Goldman tocó mi brazo de repente. Mira eso —pronunció lacónicamente.

Un rastro profundo en medio de la superficie helada del páramo Einstein. Y algunos vestigios, difícilmente identificables a los cinco mil metros de altura.

Hice describir una amplia circunferencia al Fireplane, que evolucionó lentamente —silencioso e inactivo sus impulsores— en el éter y descendió unos dos mil metros.

A través de sus prismáticos, Seymour escrutaba el páramo i 011 gran atención.

— ¡Allí! Un plano del Fireplane de Kurrie —exclamó, señalando un punto de la superficie helada.

Transmití el dato a GAD-UNO y pedí autorización para descender.

—No recomendable —nos llegó la voz del capitán Sheldon—. Mirad a vuestra derecha. Marte está interponiéndose unte el sol. Hoy tendremos un día muy corto en Ganímedes: Marte tardará más de seis horas en alejarse. Eso quiere decir que para entonces será de noche en nuestro satélite.

En verdad, nunca es absolutamente de noche en Ganímedes. El fulgor que brota del planeta-padre Júpiter es suficiente para ver en medio hemisferio de Ganímedes, precisamente en el que nos encontrábamos, pero la recomendación de Sheldon era dejar la exploración-rescate para el día siguiente. (La Temperatura descendía veinte o treinta grados en la superficie un par de horas después.)

—Considera el asunto de nuevo, John. Esos restos significan que la nave de Kurrie se ha estrellado. Es posible que todavía estén con vida. Desde la altura

en que nos encontrábamos —planeábamos a 3.000 metros— no nos es posible ver las cosas con detalle.

La respuesta de Sheldon tardó en llegar a nuestros oídos. Naturalmente, su responsabilidades eran grandes y estaba reflexionando sobre mi proposición de descender aún más.

—De acuerdo. Descenso a quinientos metros. Daréis una pasada sobre el lugar. Si observáis algún movimiento, algo que juzguéis interesante, comunicadlo inmediatamente —respondió, finalmente.

Bajamos dos mil metros en una amplia curva. La luz huía rápidamente. Sólo contábamos con el halo rojizo que ahora brotaba alrededor de la esfera de Marte.

Lancé una bengala de fósforo al aire y la superficie del páramo Einstein pareció incendiarse con una luz azulada muy potente.

No sé si fue la casualidad o mi ansiedad por hallar a Jane con vida lo que me permitió distinguir aquel bulto minúsculo) sobre la nieve.

— ¡John! ¡Está ahí, estoy seguro! ¡Es Jane! —grité.

— ¿Sólo Jane? —Respondió el capitán Sheldon—. ¿Y Kurrie?

—No le veo. Sólo puedo distinguir el bulto de Jane —llevaba un anorak naranja, fácilmente

identificable, cuando *el i* equipo de Kurrie era azul— y un plano del Fireplane, la misma pieza que descubrió Seymour hace unos minutos. ¿Qué podemos hacer? —pregunté, desesperado.

—Regresad —respondió Sheldon—. Enviaremos un equipo de rescate, en un vehículo a orugas. Un aterrizaje sobre el ' páramo sería muy arriesgado.

—Pero, Johnny, los de tierra tardarían varias horas en llegar aquí —chillé, demudado—. Para entonces, Jane, si es que aún vive, estaría convertida en un bloque de hielo.

— ¿Qué es lo que pretendes? —preguntó el capitán, un] hombre muy práctico, que me conocía bien.

—Sería posible un aterrizaje de emergencia —respondí con, ávida urgencia—. Puedo descender sobre un plano inclinado que distingo desde aquí. Mi Fireplane podría deslizarse cuesta abajo hasta el tajo descubierto de la grieta y ponerse en el aire por sí solo. Todavía disponemos de combustible para algo más de una hora.

Aguarda. Está aquí el mayor Burnside. Permanece a la escucha —dijo Sheldon, un tanto nervioso.

Mi Fireplane describió un vuelo casi rasante sobre el cuerpo inmóvil de Jane Winterman y se elevó doscientos metros airosamente. La luz disminuía progresivamente, por lo que di ignición a los

impulsores de fosfógenos, y la nave se elevó quinientos metros. Desde aquella altura lancé otra bengala para iluminar el lugar de aterrizaje antes de que se oyera la grave voz del mayor Burnside.

— ¡Escúcheme, Glen! ¿Está seguro de conseguir, con éxito, ese aterrizaje de emergencia sobre el páramo?

— ¡Absolutamente seguro, señor! —respondí con voz vibrante.

Seymour maldijo entre dientes. Demasiado arriesgado —murmuró, asustado.

Pero la respuesta de Burnside me llegó nítida.

—Hágalo, Glen. Y vuelva en seguida. Estaremos en vilo hasta que descienda en el llano de GAD-UNO.

— ¡Allá vamos! —exclamé. Y mi Fireplane bajó en picado sobre la blanca superficie helada.

Apenas a cien metros comprendí que me había precipitado temerariamente. Los planos de mi nave no bastaban para aminorar el descenso y el Fireplane se abatía a tierra como una flecha de plomo.

Di ignición, piqué a estribor y el Fireplane se elevó como mi rayo.

Cuando descendíamos de nuevo, Seymour me tocó el brazo derecho con incómoda insistencia.

Me volví para mirarle y advertí que su rostro estaba tan blanco como la superficie del páramo

Einstein y sus ojos, completamente desorbitados, reflejaban una sorpresa sin límites.

No logró articular una sola palabra, pero señalaba insistentemente hacia abajo.

Miré. Y vi.

Centenares de culebrillas se deslizaban sobre el páramo] emulsionando montañas de nieve a las alturas. ¿Culebrillas? No sé si esta palabra es válida para describir lo que vi, pera me pareció que unas rápidas líneas sinuosas se deslizaban raudas hacia la sima profunda de la grieta, donde desaparecieron.

No podía arriesgarme a subir de nuevo. Mi nave planeaba ahora perfectamente y el aterrizaje no ofrecía dificultades.

Bajamos más y un momento después el Fireplane se deslizaba suavemente en sus amplios planos sobre la nieve dura. Permití que la nave remontara una suave loma y puse los retrocohetes cuando comenzaba a deslizarse cuesta abajo.

El versátil Fireplane se detuvo en seco en el inicio de la pendiente. Como llevábamos a la espalda los equipos de respiración autónoma, no perdimos apenas tiempo.

Seymour se resistía a acompañarme, pero la voz de Sheldon resonando en los altavoces le decidió.

— ¿Qué ocurre, Glen? ¿Estáis abajo?

—Abajo, capitán. Vamos a por Jane. Echaremos

una ojea-j da rápida al terreno y procuraremos salir de aquí. Todo va! bien —respondí antes de descender.

—No sé... Escuché una exclamación —yo miré a Seymour] con reproche—. Deduje que algo iba mal. ¿Por qué no transmite imágenes vuestra cámara de televisión?

—Es la luz. No hay suficiente. Pero ahora tenemos que aprovechar el tiempo. Permaneced atentos. No tardaremos en volver.

—Suerte —nos deseó Sheldon.

Bajamos.

Nuestras botas resbalaban sobre la dura superficie helada. Y la luz descendía en rápida progresión.

El bulto anaranjado se encontraba a unos ciento cincuenta metros de distancia. Seymour y yo caminamos con la mayor rapidez posible, cuesta arriba.

—¿0ué fue eso? —Preguntó mi copiloto a través del intercomunicador—. Yo diría que se trataba de *reptiles que escapaban a la desbandada* bajo la nieve. Se me escapó una carcajada nerviosa.

— ¿Reptiles en Ganímedes? ¿Y bajo esta capa de hielo consistente? Supongo que se trataba de un fenómeno normal... Quizá la trepidación provocada por los impulsores del Fireplane. O un raro viento superficial. Yo creo que más bien se trató de una

mera ilusión óptica —respondí.

No estoy seguro —murmuró Seymour Goldman.

En honor a la verdad, tampoco yo lo estaba.

CAPITULO IV

En las alturas, la bengala se balanceaba lentamente expandiendo una azulada luz espectral sobre el páramo.

Yo caminaba a toda la velocidad posible y Seymour se rezagaba.

Experimenté entonces un miedo irrazonable. — ¿Y si ha muerto?

Imaginé a Jane destrozada, rotos sus huesos, sangrante su bello rostro. Y me estremecí.

Seymour rezongaba algo a través del intercomunicador. — ¿Qué dices?

— ¿Por qué diablos corres tanto? —me reprochó —. Yo no tengo tu resistencia física. Y tampoco estoy enamorado de Jane *la Esplendorosa.*

Me detuve y le miré, airado. A punto estuve de golpearle, pero le volví la espalda y seguí caminando cuesta arriba.

Al fin, me incliné sobre el cuerpo de Jane.

Palpé sus ropas, descorrí la cremallera de su anorak y advertí, asombrado y contento, que no se había fracturado ningún hueso.

Seymour llegó poco después. A pesar de la indiferencia que había mostrado momentos antes, se agachó y preguntó con ansiedad.

— ¿Está viva?

— ¡Claro que está viva! —exclamé—. Su cuerpo está hela-1 do, yerto, pero su corazón aún late. Intentaremos hacerla reaccionar.

Saqué una petaca de whisky, alcé su cabeza tomándola por la nuca y puse unas gotas de licor en sus labios. El whisky si- escurrió en su boca, pero Jane no hizo el menor movimiento.

Me sentía alarmado, pero insistí. ¡Los labios de la Esplendorosa se movieron y su garganta degluto un poco de licor!

Estaba viva, su corazón latía regularmente, pero no volvía en sí. Probablemente había sufrido un *shock,* una conmoción cerebral.

La tomé con sumo cuidado en mis brazos y volvimos al Fireplane con toda rapidez. Seymour me ayudó, diligente, a colocar a Jane en la parte posterior de la angosta carlinga.

Era hora ya: la bengala, a menos de cien metros de altura, caería y su luz se extinguiría, con lo cual la

maniobra de despegue se convertiría en un práctico suicidio.

En cuanto estuvimos acomodados, me comuniqué con Sheldon.

—Ya la tenemos, John. Viva, aunque no hemos logrado volverla en sí. Vamos a deslizamos cuesta abajo e intentaré despegar sin derrochar demasiado combustible —dije.

—De acuerdo, Glen. Tened mucho cuidado —recomendó el capitán.

Retiré los anclajes de acero de los patinadores. Al volver las aguzadas púas a sus alojamientos, la nave quedó libre de su freno y se deslizó pendiente abajo fácilmente.

Todo el éxito de mi maniobra se basaba en la posibilidad de que el Fireplane hubiera alcanzado suficiente velocidad cuando nos aproximásemos a la grieta. Entonces utilizaría los alerones y el timón de profundidades y encendería la propulsión por unos segundos. Si la nave se elevaba cinco metros por encima del páramo, sería fácil planear unos centenares de metros, alcanzar cotas más elevadas y volver a GAD-UNO. Caso contrario...

A medida que el Fireplane progresaba cuesta abajo, Seymour se encogía más y más en su puesto. Viajaba plegado en MI asiento y contenía la respiración.

Yo también me sentía lleno de pánico, no voy a negarlo. Si mis cálculos fallaban, el Fireplane caería a la profunda sima.

Sí, experimentaba una especie de temor supersticioso cuando la nave —a velocidad ya— se acercó a la grieta. En aquel lugar había ocurrido un fenómeno insólito (el que Kurrie y Jane presenciasen desde el aire una hora antes) y un accidente dramático. Y ahora mismo estábamos a punto de protagonizar otro accidente si algo fallaba...

Mi respiración se detuvo cuando la oscura grieta desapareció bajo el Fireplane.

Manipulé en el timón y en seguida di ignición a los propulsores. Tres segundos de empuje... ¡y la nave se elevó en el aire y planeó gallardamente en la penumbra rojiza que envolvía el páramo Einstein!

Di un suspiro de alivio y miré a mi compañero: Seymour se relajaba paulatinamente e incluso en su magro rostro se insinuó una tímida sonrisa.

— ¡Al fin! —murmuró.

Lanzamos una bengala y dimos una última vuelta sobre el lugar con la esperanza de descubrir el cuerpo de John Kurrie. No vimos nada, aunque la bengala expandía su luz vivísima por la llanura, por lo que gané altura y volvimos planeando a GAD-UNO.

El equipo médico del doctor Evans Collins aguardaba ya en el llano-aeródromo próximo a la

base. Rápidamente, los sanitarios descendieron a Jane y se la llevaron en un vehículo a orugas.

Informé brevemente al capitán Sheldon y al mayor Burnside y me presté voluntario para intentar el rescate de Kurrie.

Pocos minutos después, un convoy formado por tres vehículos sobre orugas partía hacia el sur.

Los potentes focos de los vehículos arrancaban reverberantes destellos a las formaciones de hielo. El entorno que nos rodeaba era de una belleza impresionante bajo la luz de los focos. Los témpanos de hielo brillaban aquí como enormes esmeraldas unas veces, como topacios otras. En algunos lugares semejaban cuentas de cristal azulado y en otros descubríamos un gigantesco *rubí* bellamente facetado.

A las nueve cuarenta y cinco el convoy alcanzaba el páramo Einstein. La temperatura era bajísima: —38 °C.

John Sheldon, que dirigía la operación, decidió formar cuatro grupos que llevarían a cabo una descubierta en un radio de varios kilómetros a la redonda. Como del Fireplane de Kurrie no se había hallado más que el ala derecha, Sheldon imaginaba, con razón, que el resto de la nave debería encontrarse no muy lejos.

Sin embargo, yo tenía un presentimiento: *el*

Fireplane de Kurrie había ido a parar a la sima próxima. No quise discutir la decisión del capitán y cada grupo de exploración partió en la dirección propuesta.

Volvimos a encontrarnos hora y media más tarde, al confluir en el punto de partida. Nadie había encontrado el cuerpo de Kurrie ni los restos de la nave.

Entonces dije a Sheldon:

—John, creo que deberíamos explorar esa sima.

Estuvo de acuerdo, de modo que llevamos los vehículos hasta el borde y se dispusieron focos portátiles para iluminar eficazmente el negro tajo.

En los bordes se clavaron escalas resistentes y asideros suficientemente robustos. Luego nos asomamos a la sima y miramos hacia las profundidades, entre curiosos y aterrados.

La luz se deshacía en las paredes de la grieta en mil fulgores deslumbrantes. Lo que antes estaba oscuro, ahora parecía tan claro como a la luz del día.

Una herramienta se escurrió hacia las profundidades accidentalmente. Prestamos oído al golpe que anunciaría su choque contra el fondo..., pero no lo oímos.

Me pregunté por qué el hielo no rellenaba el profundo tajo helado. Como habíamos calculado desde las alturas, aquella grieta medía entre cuarenta

y sesenta metros de anchura, pero resultaba imposible por el momento medir su profundidad, pues el corte era irregular y las oblicuas paredes no permitían distinguir el fondo.

Estábamos afirmando una de las escalas, cuando hice aquella observación: de abajo provenía una corriente de aire, no muy potente, pero sí evidentemente menos fría que la atmósfera ambiente que nos rodeaba en la superficie. ¿A qué insólito fenómeno se debía esto?

¡Preguntas, preguntas sin respuesta...!

Decidimos descender para explorar la sima. Para entonces yo particularmente no tenía muchas esperanzas de recuperar a Kurrie con vida. Si había caído al fondo, lo lógico es que el infeliz piloto hubiera resultado destrozado, aunque la gravedad en Ganímedes es inferior a la terrestre.

El audaz Chuck Jones, nuestro geólogo, fue el primero en utilizar una de las escalas; inmediatamente le seguimos Bradley, Ryan y yo. Portábamos cuerdas resistentes y luces potentes.

Habríamos descendido unos cuarenta metros, cuando, bajo una especie de acantilado trasparente, aparecieron los restos del Fireplane. La nave estaba destrozada, con el plano izquierdo completamente doblado y el fuselaje arrugado. Si Kurrie estaba dentro, podríamos contar con recoger su cadáver.

Gritamos con fuerza nuestro hallazgo y Sheldon dio orden de que esperásemos hasta que se montase una grúa. En esta tarea se perdieron casi cuarenta minutos, por lo que cuando pudimos seguir descendiendo estábamos casi congelados, a pesar de la protección de nuestros trajes especiales, diseñados para poder soportar temperaturas extremadamente bajas.

En cuanto puse el pie en la cornisa donde se hallaba la destrozada nave, comprendí que el cuerpo de Kurrie no estaba en la carlinga. Esta estaba destrozada y podía verse claramente su vacío interior.

Miré hacia abajo, pero la sima profundizaba pavorosamente sin permitir ver su fondo.

Comuniqué con Sheldon y le di cuenta de la situación.

—Recuperad *la caja negra* de a bordo y las grabaciones-testigo de la cámara de televisión. ¿Están en buen estado? —preguntó el capitán.

—Creo que sí. Enviaré todo esto arriba dentro de un momento. ¿En cuánto a Kurrie...?

—No sé qué hacer, Glen —vaciló—. Temo que se produzca algún accidente entre vosotros, no me gustaría perder ningún hombre temerariamente. ¿Hay buena visibilidad ahí abajo?

—Excelente. Los focos de arriba atraviesan con su

luz estos témpanos de hielo casi transparentes. Con nuestras lámparas portátiles podríamos servirnos muy bien. En cualquier caso, yo creo que deberíamos bajar. Si Kurrie ha muerto, rescataríamos, al menos, su cadáver —propuse.

La respuesta de Sheldon tardó en llegar algunos segundos a través del intercomunicador.

—Algunas veces me haces sentirme viejo y caduco, Glen. ¿Es que jamás sientes miedo? —exclamó.

Solté una alegre carcajada.

—Muy a menudo, pero... me lo aguanto. ¿Qué, descendemos unas docenas de metros más?

—Intentadlo, pero tomad todas las precauciones y no os arriesguéis demasiado. Piensa que si se produjera un alud quedaríais atrapados bajo miles de toneladas. Posiblemente no podríamos rescatar vuestros cadáveres...

Consulté con la mirada a mis tres compañeros.

—Me siento intrigado —dijo Chuck Jones—. Bajemos.

El rubio Ryan y el moreno Bradley asintieron. De arriba nos enviaron nuevas escalas de cincuenta metros, que aseguramos con clavos de acero a la cornisa.

Un momento después proseguíamos el descenso. Por fin, a unos ochenta y cinco metros de

profundidad, divisamos el estrecho fondo de la grieta. Bajamos los metros que nos quedaban y pusimos pie en tierra, es decir, en el hielo del fondo.

Desde allí dirigí mis ojos a las alturas. No se veían los bordes de la superficie ni se divisaba a los compañeros que habían quedado arriba.

—Hemos tocado fondo —dije a Sheldon a través de mi micro comunicador—. Esto ofrece un fantástico aspecto... Se trata de un angosto desfiladero de hielo que sigue un trazo sinuoso. Hay cortaduras que se escinden a derecha e izquierda y el hielo es completamente transparente, de tal modo que tengo la sensación de verme atrapado en un pisapapeles de cristal. Pero no hay rastro de Kurrie en lo que abarca nuestra vista. Vamos a explorar estas cortaduras y te tendremos al tanto de lo que veamos.

—Hacedlo, pero no os demoréis demasiado. Si es preciso volveremos de día y con refuerzos —respondió el capitán

Brevemente, Jones, Ryan, Bradley y yo nos pusimos de acuerdo para llevar a cabo el reconocimiento de aquel lugar Propuse que avanzáramos por parejas en direcciones contrarias. Volveríamos por el mismo camino y nos reuniríamos en el punto de partida poco después.

En seguida nos separábamos. Me acompañaba

Chuck Jo nes, mientras Ryan y Bradley se alejaban en dirección opuesta.

Era aquél un lugar fascinante, poblado de destellos brillan tes'y de una belleza azulada incomparable. A medida que avanzábamos, íbamos descubriendo nuevas maravillas: angostas cortaduras a derecha o izquierda, que parecían talladas con diamante, tan lisas y espejeante que llegaban a marear estalactitas de carámbanos traslúcidos que colgaban de las alturas como esbeltas columnas de catedral...

Anduvimos por espacio de veinte minutos. Calculé que nos habíamos alejado demasiado y pensé que si Kurrie había caído con el Fireplane, su cuerpo no habría ido a parar tan lejos. Decidimos volver, por tanto.

Entonces se produjeron dos incidentes inexplicables. Er primer lugar, ante mí, Chuck Jones se detuvo con brusquedad.

— ¿No oyes? —inquirió, asombrado.

Me detuve y presté atención. Al principio no oí nada, pe ro percibí algo así como un zumbido lejano, persistente y muy molesto.

—Es cierto. Es posible que se trate del alternador monta do sobre uno de nuestros vehículos —opiné.

—No es el mismo sonido —especificó Chuck. Y tuve que darle la razón: era como una especial vibración, distante, pe ro insoportable.

—Tienes razón —respondí, estupefacto—. Además... No parece que provenga de arriba, *sino de abajo.*

—Volvamos cuanto antes —indicó Chuck, preocupado.

No pudimos explicarnos el insólito incidente y caminamos aprisa sobre el brillante hielo.

Al cabo de unos quince minutos, nos reuníamos con Bradley y Ryan. Este último parecía muy molesto.

— ¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—No te comprendo. Dijiste que iríamos por parejas..., ¿por qué nos seguiste entonces? —quiso saber.

— ¿Que yo os seguí? —pregunté, sin dar crédito a mis oídos.

—Alguien nos siguió a través de las cortaduras. Pudimos ver perfectamente su silueta a través del hielo. Pensamos que eras tú..., ¿por qué pones esa rara expresión? —se extrañó Bradley.

Me volví hacia Jones, asombrado. El rostro del geólogo era todo un poema: se sentía lleno de estupefacción.

—Estáis equivocados —dijo, reflexivo—. Glen no se ha separado de mí ni un solo momento. Y debíamos encontrarnos a más de un kilómetro de distancia los unos de los otros. Parece, muchachos,

que habéis sufrido una alucinación.

CAPITULO V

Nuestros compañeros juraron y perjuraron que no se trataba de tal alucinación, ni tampoco de una ilusión óptica.

—El hombre que nos siguió tenía tu estatura: un metro noventa. Ni Bradley ni yo superamos el metro setenta y cinco. Lo vimos claramente, a contraluz de nuestras linternas. Incluso llegamos a hablarle, creyendo que eras tú, Glen, pero no respondió a nuestras preguntas y poco después desapareció cuando intentamos acercarnos a él —aseguró Ryan, con severidad.

Era increíble.

—Quizá el capitán envió a alguna persona a ayudarnos —opiné—. Hablando de otra cosa..., ¿encontrasteis algo en vuestra zona?

—Nada —negó Bradley—. Ni rastro de Kurrie. De todas formas, esto es un laberinto de pasadizos, agujeros y cortaduras en el hielo. Registrarlo todo a fondo, llevaría muchas horas, incluso días enteros. Mi opinión es que, a pesar de todo, no hallaremos aquí el cadáver del pobre Kurrie. Debió ir a parar a otro lugar distante de aquí.

Hablé con Sheldon y le informé acerca del resultado negativo de nuestra exploración.

—Subid. No hay nada más que hacer. Cuando lleguéis a la cornisa, asegurad con los cables los

restos del Fireplane para que podamos izarlos —ordenó.

Cuando iniciamos la escalada a lo largo de los muros espejeantes, pregunté a Bradley, que ascendía cerca de mí.

— ¿Oísteis algún sonido que os causara extrañeza?

—Sí, ahora que lo mencionas. Era como una rara trepidación que hacía daño a los oídos y parecía provenir de algún lugar remoto y profundo —respondió, verdaderamente intrigado.

Llegamos a la cornisa donde se encontraban los restos de la nave de Kurrie, atrapamos los cables de acero que Sheldon había hecho descolgar y aseguramos aquella chatarra.

Una vez alcanzamos la superficie, la grúa que el capitán había instalado al borde, subió el liviano cuerpo sin esfuerzo. La destrozada nave fue atada por un cable a uno de los vehículos y lentamente arrastrada hacia el GAD-UNO.

Me sentía agotado cuando me dejé caer al lado de John Sheldon. El capitán me ofreció su petaca de whisky y di un largo trago para entrar en calor. Luego fumamos cigarrillos.

—Un viaje en balde —comentó John, reflexivo.

—Sí —asentí—. Y lo siento por Kurrie... Por cierto. John, ¿enviaste algún hombre abajo cuando estábamos explorando el fondo del tajo?

Movió la cabeza en sentido negativo y me miró, muy asombrado.

—Desde luego que no —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

Pero yo no supe responderle. El resto del viaje lo hicimos en silencio.

***

El mayor Burnside me miró con reconvención.

—Usted no hizo mención a esos dos incidentes, Glen. ¿Puede decirme por qué? —inquirió, observándome con severidad.

Vacilé.

—No sé... Supongo que todos se hubieran reído de mí, de nosotros... Chuck Bradley y Ryan callaron, no hicieron ningún comentario... Supongo que también temían ser objeto de burlas por parte de nuestros camaradas. Piense, además, que yo seguía creyendo, por entonces, que Ryan y Bradley habían sido víctimas de una alucinación o, tal vez, de alguna aberración óptica...

— ¿Y ahora no piensa lo mismo? —exclamó mi jefe.

—No lo sé. ¡Todo es tan extraño! He reflexionado sobre lo que vieron John Kurrie y Jane Winterman en el páramo Einstein. Y también me ha dado que

pensar lo que Seymour Goldman y yo mismo presenciamos con nuestros propios ojos. Tengo la sensación de que en el páramo existe algo misterioso, impalpable, *pero allí está* —pronuncié, confuso.

Burnside me echó una regañina.

—Glen, no vuelva a ocultarnos nada de cuanto observe en sus viajes de exploración —dijo—. En cualquier caso, soy yo quien debe juzgar si el informe vale la pena o no.

—Muy bien, señor —aseguré—. Le tendré al tanto.

Burnside probó un trago de su vaso y lo dejó en la mesa pausadamente.

—Hemos estado muy atareados en los trabajos de exploración y estudio y hemos descuidado ese aspecto de nuestro trabajo —-reflexionó—. Ha llegado el momento de que nos ocupemos de examinar detenidamente la grieta del páramo Einstein. Mañana iniciaremos el viaje.

***

Al principio. Jane se mostró reacia a acompañarnos en el viaje. Tenía cierta razón: volver allí significaría para ella revivir el trauma de la pérdida de un excelente amigo como John Kurrie. Y no sólo esto: Jane recordaría por fuerza que allí se

había producido el accidente que ya había mantenido en coma durante largos días. Sin embargo, Sally Burnside —esposa del mayor y experta en cuestiones bioquímicas— la convenció de que debía acompañarnos.

—Yo misma siento una enorme curiosidad por conocer ese lugar —comentó la señora Burnside. Y esto decidió finalmente a la Esplendorosa.

Por lo demás, ella se sentía segura cerca de mí y nosotros necesitábamos la ayuda de una experta en filmaciones y fotografía, como ella.

El viaje se inició apenas el lejano sol brilló en el confín del horizonte. Un largo convoy de vehículos a oruga de gran potencia se puso en marcha hacia el sur.

Con el asesoramiento técnico del ingeniero Doyle, el mayor había esbozado un rápido montacargas —anclado en los muros de la grieta— que nos permitiría fácilmente descender a hombres y equipos.

Llegados al páramo Einstein, todos pusimos manos a la obra. Se afianzó y ensambló una plataforma de piezas metálicas y se ajustaron los raíles sobre los cuales debería deslizarse el montacargas.

También se entibaron con listones de acero las paredes de la grieta, de modo que se anulase el peligro de un alud. Cuatro horas después, el montacargas estaba dispuesto para ser utilizado.

See bajó en primer lugar el equipo formado con varios contenedores de provisiones, herramientas y material eléctrico. Luego, descendimos un primer grupo de personas entre los cuales nos contábamos Jane y yo, el mayor y su esposa, Chuck Jones y el antropólogo James McKroy. Después descendieron el ingeniero Doyle y un equipo de personal especializado.

Jane exhaló unos grititos de asombro el encontrarse en el fondo de aquel deslumbrante mundo de hielo.

— ¡Es... es fascinante! —exclamó, olvidados sus temores. Y se puso inmediatamente a filmar y a fotografiar todo lo que tenía ante sí.

Doyle depositó en el suelo un captador electrónico de sonidos. Le vi manipular en él y me acerqué, intrigado.

Vi oscilar una aguja en su dial y pregunté:

— ¿Qué significa eso?

—Recoge una vibración lejana, de pocos decibelios, casi inaudible. Puede tratarse de alguna actividad geológica, en las entrañas del satélite —respondió. (Sin duda, Burnside, que se encontraba presente, le había hablado acerca del extraño sonido que captamos en nuestra primera exploración al fondo de la sima.)

Poco después, el mayor Burnside organizó varios

grupos ile exploradores. Por fortuna, Jane pidió ser incluida en el (|ue componíamos James McKroy, el antropólogo, Chuck Jones, Ryan, Bradley y yo mismo.

A medida que nos alejábamos a lo largo del desfiladero de hielo, el entusiasmo inicial de Jane se fue enfriando.

—Tengo miedo —me confesó en un susurro.

Sinceramente, me aproveché de las circunstancias: con la excusa de darle ánimos la estreché prietamente por la cintura y así avanzamos largo tiempo.

El intrincado laberinto de cortaduras, cavernas y entrantes se alargaba de forma interminable.

Luego, de improviso, al contornear una gran masa de hielo transparente, Jane exhaló un chillido medroso y advertí la tensión de sus músculos.

— ¡Allí, allí! —gritó, petrificada de espanto y temblando como una epiléptica.

McKroy masculló una palabra gruesa entre dientes. En el fondo del cristal de hielo, se dibujaba la silueta de un cuerpo de proporciones humanas.

— ¡Está atrapado en el hielo, congelado en el interior de ese enorme bloque...! —exclamó McKroy, estupefacto.

Me aproximé para examinar la rara silueta humanoide y Jane quedó rezagada y temblorosa.

Vi un rostro pálido de facciones mongólicas, afiladas, de cráneo absolutamente liso y extraños pabellones auriculares planos de un tamaño exorbitante, más del doble de las orejas de una persona normal. No había cejas ni pestañas ni ninguna otra clase de vello facial en aquel rostro hierático e impresionante.

Se trataba de un individuo de estatura superior a la normal, pues superaba los dos metros. Observé otras raras características en aquel cuerpo gigantesco: el esternón tenía una prominencia afilada que sobresalía por debajo de aquella vestimenta formada por finas laminillas que tenían un brillo metálico y las manos, de dedos de extraordinaria longitud, mostraban uñas a modo de ventosas en su anverso.

A nuestras llamadas por radio, Burnside y Sheldon se pre sentaron pocos minutos después en el lugar. Luego fueron viniendo todos los grupos que habían descendido hasta e fondo de la sima.

Burnside distingue la silueta empotrada en el bloque de hielo de más de ocho metros de espesor y preguntó:

— ¿Kurrie...?

—Acérquese más y lo verá con claridad. ¡Traigan más luz! —solicité.

El mayor y las personas que rodeaban el insólito hallazgo se aproximaron. Una decena de focos

portátiles iluminaron como un ascua el bloque de hielo.

Oí una exclamación colectiva de asombro y advertí que todas las miradas estaban hipnóticamente fijas en la silueta de aquel inaudito ser.

—No, no cabe duda de que no se parece a Kurrie —murmuró el mayor Burnside, de una pieza.

Se volvió a James McKroy, que examinaba, con profunda atención, las características físicas de aquel ser y le preguntó:

—Dígame, McKroy: ¿cuál es su opinión acerca de este... esta criatura?

El antropólogo vaciló antes de responder.

—Bien... Desde luego se trata de un ser antropomorfo. Parece... una criatura inteligente, a juzgar de la capacidad craneana y de las otras características que pueden apreciarse a simple vista. Evidentemente, se trata de un cadáver —dijo.

—¡Pero esto podría significar que hay vida inteligente en Ganímedes! —exclamé yo, dominado por la excitación.

—Es demasiado arriesgado hacer suposiciones —respondió McKroy, reflexivo—. ¿Quién puede asegurarnos que no nos encontramos ante una criatura extraña a Ganímedes, venida de otro mundo? Por lo demás, es posible que lleve aquí siglos, quizá milenios. La bajísima temperatura pudo conservar su

cuerpo a lo largo de miles de años como... como los de los mamuts prehistóricos hallados en Siberia, por ejemplo.

De todas formas, el hallazgo era apasionante. Incluso Jane se mostraba ahora ávida de participar en el tema.

—Usted podría calcular su edad, Jim, con la ayuda de la doctora Burnside e incluso del doctor Collins —dijo, excitada—. Podría, ¿me equivoco?

McKroy rió, nervioso.

—Tal vez podría... a condición de que extraigamos el cuerpo de ese espeso bloque de hielo transparente —respondió.

Entonces todos miramos interrogativamente al mayor Burnside.

—Sea —decidió éste—. A fin de cuentas, vinimos aquí P¡ira investigar, ¿no? Extraeremos el cadáver de ahí... ¿Doy-le, puede usted hacerlo?

El ingeniero asintió.

—No creo que haya inconveniente, señor —respondió Doyle.

CAPITULO VI

Llevamos a cabo aquella tarea con las mayores precauciones.

McKroy advirtió que si manipulábamos con brusquedad las sierras de cortar hielo el cuerpo de

aquella criatura —congelado a cuarenta y cinco grados bajo cero— podría sencillamente desmenuzarse en pequeñas porciones cristalizadas.

Se decidió finalmente reducir el bloque de forma que el cadáver estuviera revestido de una capa de hielo suficientemente sólida que asegurase su integridad.

Y así lo hicimos con infinita paciencia, en una operación que duró más de dos horas. Al fin, aislamos un bloque de hielo de tres metros de longitud por uno y medio de anchura y uno de espesor.

El bloque fue deslizado despacio hasta una plataforma metálica que se cerró completamente con planchas de aluminio. Finalmente, la grúa lo elevó lentamente, mientras la brigada de hombres que permanecían colgados a diferentes alturas evitaba que el improvisado contenedor golpease en las paredes de la sima.

Manejábamos el cadáver como si se tratase de fina porcelana de Sévres o cristal de Bohemia. Y en verdad que nuestro hallazgo tenia para nosotros y para toda la humanidad un valor incalculable.

Los equipos más livianos se recogieron y uno por uno fuimos ascendiendo todos hasta la superficie.

Reinaba entre nosotros gran agitación cuando en convoy, al atardecer, se puso en marcha de regreso a

GAD UNO.

Nuestra congelada reliquia alienígena viajaba en uno de los camiones que avanzaba con todo cuidado, amorosamente escoltado por el resto de los vehículos que componían la expedición.

Me alegró ver a Jane tan animada. Como siempre que me era posible, yo viajaba a su lado y Jane no puso ningún obstáculo a que la abarcase por la cintura y rozase su fina mejilla con mis labios.

— ¿Más tranquila? —susurré a su oído.

— ¿Tranquila? ¡Dios mío, estoy que no vivo de impaciencia! ¡No descansaré hasta saber quién es exactamente ese ser, de dónde vino, cuál era su nivel intelectual, su cultura, su...! —exclamó excitadísima.

—Calma, calma —traté de frenar su fervor. Y la obligué a mirarme a los ojos; en seguida noté que la sangre ardía en mis venas—. ¿Vale más un cadáver, por antiguo e importante que sea, que un individuo lleno de vida y de energía como yo?

Me acarició, enternecida. Guiñó los ojos y plegó los labios en un mohín encantador y susurró cálidamente a mi oído:

— ¡Pobre Glen! Aún no te he dado las gracias por todo cuanto hiciste por mí en el páramo. Me salvaste la vida y ni siquiera has hecho mención de ello —me envolvió en una intensa mirada abrasadora que me perturbó—. Eres un hombre valiente, entero y, sin

embargo, modesto y sobrio. ¡Me encantas...!

— ¿Seguro? —pregunté emocionado.

—Te lo demostraré —susurró. Y me tomó por el cuello y me besó íntima y absorbentemente en los labios.

Naturalmente, me encalambriné e intenté ir más allá de lo correcto (otras personas viajaban en el mismo vehículo, aunque parecían ajenas a todo lo que no fuese el hallazgo del extraterrestre en la sima).

—Algunas veces me da miedo tu fogosidad —respondió la Esplendorosa, rechazándome sin violencia—. Ten calma. Te invito a una copa esta noche. En mi cabina.

No quería creerlo. ¿Iba a conseguir, por fin, lo que con tanta pasión había deseado desde que conociera a Jane en la 1a Base Armstrong, de la Luna?

De todas formas, el brillo húmedo de sus ojos parecía enterrar un sinfín de fascinantes promesas.

Por fortuna, poco después estábamos en GAD-UNO y tuve que dedicar mi atención a la instalación del contenedor en ¡una de las dependencias del laboratorio del doctor Collins. i Muchos de mis camaradas —hombres y mujeres— no aparecieron aquella noche por el comedor. La emoción les había quitado el apetito, pero yo me sentía agotado y comí y bebí con excelente apetito.

Luego cambié mi indumentaria de trabajo por otra más ligera y estética, abandoné mi cabina, tomé mi *scooter* eléctrica y me dirigí a velocidad excesiva hacia el sector este de la Base, donde estaba ubicada la cabina designada a Jane. El corazón latía locamente en mi pecho. ¿Sería posible que, al fin, Jane *la Esplendorosa* se decidiese por el teniente Glen Flanders?

No las tenía todas conmigo. Ella era demasiado bella, vital y perfecta... Por algo la llamábamos la Esplendorosa.

No es que yo no fuese un hombre medianamente atractivo. Era alto, de piel bronceada, bien musculado, ágil... Mis cabellos negros y crespos conjuntaban bien con mis facciones latinas, mi nariz regular, mi boca grande y expresiva y mis ojos oscuros.

Pero Jane era una mujer maravillosa. Y no sólo por fascinante rostro o por su cuerpo de Venus, sino por su carácter amable, jovial, humano, y por sus magníficos valores culturales y espirituales.

Al fin detuve mi *scooter* ante la cabina de Jane. Tragué saliva cuando pulsé el zumbador de su puerta. ¿Era la su una promesa en firme o... se trataba de simples palabras influenciadas por el agradecimiento?

La puerta se abrió automáticamente y yo penetré

en breve vestíbulo.

Vi la roja cabellera de Jane en el saloncito próximo, habitación permanecía en una insinuante semipenumbra, veladamente iluminada por una lámpara de pantalla roja que cernía suavemente la luz.

—Adelante, Glen —me invitó.

Avancé unos pasos.

Y de repente ella surgió de detrás de la puerta y se abrazó a mi.

Su perfume impregnó mi nariz y me inundó de una sensación intensa y placentera.

Entonces me separé un momento de ella y advertí que... estaba completamente desnuda.

Como un loco, recorrí con los ojos aquel cuerpo de ensueño. Si vestida Jane ofrecía una silueta juvenilmente escultural, desnuda era un cuerpo flexible, turgente y mórbido.

— ¡Jane...! —gemí ardientemente.

Y la abracé desesperada y frenéticamente.

—Tómame, Glen —dijo, un tanto ronca por la emoción—. Me entrego a ti por mi libre voluntad, porque me encantas y porque... te amo.

No podía creerlo, pero... era verdad.

Me parecía flotar en una inmensa piscina cubierta de fragante espuma.

Mis labios besaban aquellos otros tan carnosos y

tibios y mis manos acariciaban su cuerpo de delicioso tacto.

Luego, ambos nos enfebrecimos fácilmente y nos entregamos a íntimas y recíprocas caricias, al par que murmurábamos en nuestros oídos tiernas palabras amorosas.

Finalmente, ella me atrajo hacia el lecho y yo la seguí enloquecido.

***

Fue una noche de amor perfecta, plena de momentos de voluptuoso arrebato y de pequeñas pausas de descanso y conversaciones a media voz.

Era entonces cuando yo hundía mi rostro en su pecho y aspiraba el aroma de su piel sana y joven, mientras mis dedos, febriles e inquietos, acariciaban los rojos cabellos de tacto de seda.

Ya muy entrada la madrugada, Jane *la Esplendorosa* se durmió abrazada a mí. Respiraba profunda y rítmicamente y en sus facciones había una expresión relajada y feliz.

Cuando estuvo profundamente dormida, me incorporé despacio para no despertarla, la cubrí con las sábanas y caminando de puntillas salí del dormitorio con mi ropa en la mano.

Me vestí en silencio, satisfecho de Jane y de mí

mismo, y gozoso al tener la seguridad de que éramos uno del otro.

Luego abandoné sigilosamente la cabina, cerré la puerta, subí a mi *scooter* y volví a mi departamento, en el ala oeste.

Sin embargo, hacia las diez de la mañana fui despertado bruscamente en mi propio lecho.

Abrí los ojos y comprobé que era el capitán Sheldon quien me zarandeaba sin pizca de suavidad.

— ¡Despierta, despierta, Glen! ¡Por todos los diablos, tienes un sueño de plomo! —rugió.

— ¿De qué se trata? —murmuré, todavía bajo los efectos del profundo sueño.

—El cadáver ha desaparecido —declaró.

Y yo me incorporé de un violento respingo.

CAPITULO VII

Varias personas estaban reunidas en la sección «D». A través de la cristalera vi a Burnside, sentado, y a James McKroy y el doctor Collins que gesticulaban con gran ardor.

—Adelante, siéntense, si lo desean —invitó el mayor, cuando Sheldon y yo aparecimos en la puerta.

—¿Qué es eso de que el cadáver ha desaparecido? —exclamé, mirando interrogativamente a McKroy y a Collins, que interrumpieron su acalorada

conversación cuando nos vieron entrar—. ¿Se refieren al cuerpo del alienígena?

McKroy asintió, desabrido.

—¿De qué otra cosa podíamos hablar? Si se trata de una broma, el responsable revela un mal gusto evidente —explotó.

No podía por menos que mostrarme incrédulo.

—¿Van a hacerme creer que alguien ha logrado robar un enorme contenedor con un pesadísimo bloque de hielo? -exclamé.

Burnside impuso silencio con un ademán cortés, pero autoritario.

—Estamos todos excesivamente nerviosos —observó—. Tengamos calma, todo esto debe tener una explicación razonable —me miró y agregó—: Se lo explicaré en pocas palabras. Glen. Como usted sabe, el contenedor se depositó en una cámara frigorífica con el fin de que el bloque de hielo que rodeaba el cadáver no se descongelase bruscamente. Por desgracia, hubo una avería en el elemento productor de frío. Esta mañana, uno de los sanitarios de guardia observó que escapaba un hilillo de agua por debajo de la puerta de la cámara. Despertó al doctor Collins, quien penetró en la cámara y la encontró anegada. Abrieron el contenedor y comprobaron que no sólo se había fundido el bloque de hielo durante la noche, sino que *el cuerpo que*

hallamos en la sima había desaparecido. Por eso he reunido al comité.

Me dejé caer sobre una silla. La tranquilidad, aparente, del mayor chocaba con la inquietud que veía reflejada en los rostros de Collins y el antropólogo McKroy.

—Y ustedes imaginan que alguien ha robado ese cadáver _ —comenté—. No lo creo, de ninguna forma. ¿Quién sería capaz de gastarnos una broma tan estúpida...? McKroy gesticuló, nervioso. — ¿Qué otra explicación puede sugerirnos usted, teniente? —preguntó, cáustico.

—Ninguna —respondí en el mismo tono—. Pero sugiero que todos nos traslademos a la cámara frigorífica y hagamos una inspección a fondo, tanto de la cámara como del I contenedor.

Burnside aceptó en seguida mi propuesta. —Vamos allá —dijo. Y se levantó y todos abandonamos, en pos de él, la sección «D».

Los sanitarios de Collins habían recogido ya los miles de litros de agua resultantes de la fusión del bloque de hielo y I el piso de la cámara estaba seco.

En medio de la expectación que cabe suponer. Sheldon y yo desmontamos completamente el contenedor.

Estaba vacío, desde luego. O, mejor dicho, no exactamente: en la plancha-base hallamos el extraño

traje en que había estado embutido el cadáver del alienígena.

—Tal vez... ¡se desintegró! —murmuré. Y James McKroy me dirigió una mirada furiosa.

Pero Evan Collins contemplaba lleno de estupor aquella brillante prenda que expandía un tenue brillo metálico.

Luego le vi sacar de los bolsillos de su bata un par de guantes asépticos que se enfundó con lentitud.

Se inclinó y tomó aquella pieza finísima. Era de un solo cuerpo y colgaba elásticamente entre los dedos de Collins. No había botones, ni cremalleras, ni siquiera bolsillos. Más que un traje, parecía una segunda piel, protectora y adherente. Aunque el brillo de sus diminutas placas superpuestas era metálico, parecía tener la consistencia de un cuerpo muy flexible, como el plástico o el caucho.

—Vayamos al laboratorio —propuso el médico—. Tengo un enorme interés por examinar con detalle este traje.

Le seguimos. Collins depositó la prenda sobre una mesa y, cuidadosamente, fue dándole la vuelta a través de la abertura superior, que correspondía al cuello del alienígena.

Entonces vimos aquel rarísimo entresijo de finos conductos que partían del aparato metálico que yo había tomado en los primeros momentos por una

protuberancia del esternón del cadáver.

—Curioso —musitó Collins.

—¿Qué es, exactamente? —Burnside no era un científico y comenzaba a impacientarse.

Pero Collins no respondió. Estaba examinando minuciosamente cada uno de los centenares de delgadísimos conductos que partían del cuerpo metálico adherido al interior del traje.

Cada uno de aquellos cables flexibles terminaba en una diminuta aguja hueca, casi microscópica. Pero había algunos, que Collins observó a través de una lente, que terminaba en una partícula de metal en forma de estrella.

Los conductos eran de distintas longitudes, como si cada uno de ellos terminara en una parte diferente del cuerpo del alienígena, pero todos eran igualmente finos y elásticos, casi impalpables.

¿Qué significaba aquello...?

Todos permanecíamos absortos, contenidas las respiraciones, aguardando que el doctor Collins nos diera una explicación.

La morosa actitud del médico, que no parecía tener ninguna prisa en calmar nuestra curiosidad, llegó a impacientarnos.

— ¿Y bien? —Gruñó el mayor Burnside—. ¿Va a decirnos algo o piensa seguir examinando esa rara prenda durante el resto del día?

Collins dejó su lente sobre la mesa y carraspeó para aclararse la voz. La expresión de su rostro revelaba incertidumbre.

— ¿Cómo podría darles una respuesta clara y definitiva? —Respondió, al cabo, muy confuso—. Tengo una idea, pero se .me antoja excesivamente temeraria.

—Dígala, de todas formas —le apremió Burnside. Collins unió las yemas de los dedos de sus dos manos. — ¿Han oído hablar de... resurrección...? —dijo. Burnside se exasperó. — ¿Se burla de nosotros, Evans? -bramó. — ¿Tengo el aspecto de un bromista? — retrucó Collins, con gravedad—. Quizá les suenen más palabras como *hibernación, criogenia...*

—Siga, por favor —le animé yo.

—A finales del siglo xx. Científicos de la Tierra previeron la posibilidad de que enfermedades terribles y mortales, como el cáncer, fueran combatidas con éxito en el futuro. Desde ese principio, se fundaron diversas sociedades que hibernaban cadáveres de personas que acababan de morir victimas de algunas de estas enfermedades. La hibernación es un proceso completo, que consiste en enfriar rápidamente el cadáver, aún caliente, un momento después de extraerle por completo la sangre de sus venas y arterias. El cuerpo, así, se

conserva enteramente. La esperanza consistía entonces en que, en los siglos venideros, enfermedades tales como el cáncer serían vencidas fácilmente. En tales casos, los cadáveres volverían a ser descongelados, reanimados y... curados de sus dolencias. —Y usted cree...

—No creo nada, sólo me atrevo a establecer una hipótesis que pudiera explicar la desaparición del cuerpo del alienígena. —Pero, por favor, siga explicándonos su idea —le supliqué.

Collins tragó saliva.

—Ese completísimo aparato adherido al traje... parece un reanimador automático —dijo el médico. —Entonces... —Pueden creerme o no. Incluso puedo estar equivocado: quizá encuentren ese cadáver en alguna parte. Pero... yo creo que el reanimador adherido al interior de este traje se puso en marcha automáticamente cuando el hielo que rodeaba el cadáver se fundió.

Ahora nadie hizo ninguna observación. Entre nosotros reinaba un silencio absoluto. Cada cual trataba de *digerir* a su manera la fantástica idea que Collins acababa de suscitarnos.

—La mayoría de esos conductos están huecos. ¿Por qué no pensar que su función consiste en impulsar la corriente sanguínea a través de venas y arterias? En cuanto a los otros, que terminaban en

una diminuta estrella... yo diría que son contactos capaces de enviar impulsos eléctricos al cerebro y a puntos capitales del sistema nervioso. Todo lo cual, en conjunto, podría muy bien componer un reactivador vital.

Burnside se manifestó muy inquieto:

—En definitiva, según usted, nuestro alienígena ha resucitado —exclamó sarcástico.

—Ustedes me han pedido mi opinión y yo se la doy —respondió Collins, sin perder la serenidad.

CAPITULO VIII

Observé disimuladamente la puerta de la cámara frigorífica. En verdad, tanto podía abrirse desde dentro como desde fuera: la palanca de cierre ofrecía las dos posibilidades.

Eran las once de la mañana. Aunque escéptico, Burnside había dado órdenes secretas para que el cadáver fuera buscado en todos los rincones de GAD-UNO. Quince personas habíamos sido encargados de la búsqueda. Burnside no quería que cundiera la alarma, por lo que pocas personas estábamos al corriente de la desaparición del extraño cuerpo.

En cierto modo, el asunto me hacía gracia. He aquí que nuestro amigo el alienígena había permanecido rígidamente congelado en las profundidades durante,

quizá, miles de años. Y ahora, volvía en sí sorprendentemente y se marchaba tan tranquilo, dejándonos a todos estupefactos.

Aunque parezca raro, ninguno de nosotros sentía pánico. Era más bien una curiosidad profunda, una intensa ansiedad por penetrar en misterios profundos relacionados con la muerte y con la vida.

A mí me había tocado registrar el ala oriental de la Base, donde se hallaba el hospital y, curiosa coincidencia, donde también estaba situada la cabina-vivienda de Jane *la Esplendorosa.*

Me sentí muy emocionado cuando me tocó inspeccionar las habitaciones de Jane. Sobre todo al recordar la maravillosa noche que había vivido allí en compañía de la Esplendorosa.

A aquella hora, todas las cabinas debían estar desocupa-dad y en orden. Pero cuando entré en la de Jane, encontré unas ropas tiradas en el suelo, una lámpara roja hecha añicos —la misma que había iluminado tenuemente nuestro frenesí de la noche precedente— y un par de sillas volcadas.

Conocía de sobra a Jane. Jamás hubiera abandonado su *suite* sin dejar todo meticulosamente ordenado: ropas, enseres, muebles...

—Salió apresuradamente —deduje—. Y, probablemente, alguien la empujó por la fuerza.

Pero ¿quién?

—El alienígena resucitado —murmuré, pasmado por el asombro que mi propia deducción produjo en mí.

Desorientado, registré atropelladamente la *suite*. Ya me volvía cuando en el espejo del cuarto de baño descubrí aquellos trazos dibujados apresuradamente con un lápiz de labios.

> «No te alarmes, Glen. Estoy en buenas manos. No: busques. Estoy segura de que volveré. Yo...»

Eso era todo. Leí y releí docenas de veces los trémulos trazos del *rouge* sobre el cristal.

Y luego busqué, desesperado, algún otro mensaje semejante en los muros de la cabina, en las puertas del ropero, en el suelo...

Pero no había nada más.

«Estoy en buenas manos...» ¿Las de quién?

Me sentía tan furioso e impaciente que propiné estúpidas patadas a los muebles volcados.

«No *me busques. Estoy segura de que volveré.»* De aquellas frases se deducía una huida precipitada, una inseguridad manifiesta. *¿Cuándo* volvería mi amada Jane? Pero, sobre todo, *¿dónde* se encontraba ahora?

Salí apresuradamente, monté de un salto sobre mi *scooter* y volé materialmente hacia la sección «D».

Debía entrevistarme urgentemente con el mayor

Burnside.

Pero, entretanto...

***

Fue un roce levísimo sobre el rostro. Jane Winterman dormía profundamente y no despertó. Sólo sus músculos faciales, obedeciendo a sus reflejos, se agitaron brevemente.

Luego... unos dedos tibios se apoyaron en su sien derecha I sin violencia y Jane despertó bruscamente.

Extendió perezosamente un brazo y rodeó el cuello de la 1 persona que estaba a su lado.

Todavía los ojos cerrados, el fino rostro de Jane se frunció en una sonrisa placentera.

—Glen, querido...

Pero el tacto de aquellos dedos...

Jane se incorporó de un respingo y abrió los ojos.

Y *le vio.*

— ¡Usted no es...! —chilló. Y su voz quedó estrangulada en la garganta.

Sus ojos desorbitados recorrieron, enloquecidos, el rostro de facciones mongólicas, la nariz breve, la dilatada frente, el cráneo brillante, las enormes orejas...

—Jane... No miedo.

Unos ojos dorados escrutaban, impávidos, su rostro, el I cuello, los brazos, el desnudo cuerpo. Con absoluta curiosidad.

—No miedo. Jane. Yo, Heen-Darii.

— ¿Derrick...? ¿T-o-ny D-e-rr-i-ck? —silabeó ella, más sorprendida que asustada.

—Equivocado. Yo, Heen-Darii —repitió su visitante—. Tú… Yo suplicar tú-Jane venir con... conmigo.

Jane se cubrió rápidamente con la sábana.

Pero su visitante intentó tranquilizarla, aunque con torpeza.

—Tú-nosotros-iguales, no-temer —pronunció con una atractiva voz pura, de resonancias metálicas—. Essss-desnudo-mismo.

Los bellos ojos de Jane Winterman contemplaban, de par en par, el cuerpo desnudo de su ciclópeo visitante.

Transcurrieron unos minutos. Jane se esforzaba en asimilar la situación, en familiarizarse con el rostro que, sin hostilidad alguna, le observaba a medio metro de distancia con paciente atención.

—¡Heen-Darii...! —murmuró la mujer, fascinada.

El rostro mongólico se animó. Los ojos dorados, limpios, destellaron atractivamente.

— ¡Sí! Yo, Heen-Darii; tú, Jane Esplendorr...

—Esplendorosa —le rectificó ella, como la cosa más natural del mundo—. (Se mordió los labios, observó preocupada una uña rota y volvió a mirar con disimulada atención al intruso)—. Heen-Darii, el

hombre de la sima. ¡Pero usted estaba muerto, en un témpano de hielo...!

Por un momento, Jane consideró razonablemente si no estaría soñando. Pero no, ahora se sentía molesta, completamente desnuda bajo las sábanas, e incluso tenía frío. A pesar de todo, se frotó los brazos... Y comprendió que estaba absolutamente despierta, despejada y... viva.

Y el hombre que tenía ante ella parecía muy real, a pesar de su elevada estatura, de su delgadez, de su exótica apariencia.

—Tú-Jane, venir con Yo-Heen-Darii —dijo el intruso.

La Esplendorosa se encogió en su tibio lecho.

— ¿Por qué...?

—Es... necesidad. Tú-Yo-Nosotros-Parix entender. Tú-Jane necesaria. Evitación-todos-males... Hem... Personas GAD-UNO —respondió, tímidamente, Heen-Darii, tendiéndole uno de sus larguísimos brazos.

—Pero usted... —rió—, Tu-Heen-Darii... ¡estabas muerto! Trajimos tu cadáver aquí, desde el páramo Einstein...

—Yo-Heen-Darii no muerto, sí-dormido —articuló con dificultad el extraño personaje—. ¿Tú venir, sí? Jane-Esplen-dorrrr... Garantía Yo-Heen-Darii escapar no daño de tus... gente.

Jane palideció. Había comprendido de golpe. El insólito Heen-Darii estaba pidiéndole —y muy gentilmente— que ella le ayudase a escapar de GAD-UNO. En una palabra, Jane sería el escudo en que se guarecería el gigantesco individuo para abandonar la Base sin sufrir el ataque de sus compatriotas.

Consideró el asunto durante unos segundos. Y finalmente se decidió.

— ¡Sí! —No experimentaba ningún temor—. Tú-Heen-Da rii, me lo has *pedido,* no me lo has exigido. ¡Iré contigo Espero que no sean tan estúpidos como para... para…

Calló, de repente. Heen-Darii la observaba pacientemente — ¿Y adonde iremos, hasta dónde debo acompañarte? Yo... tengo a Glen Flanders —Jane se retorció las manos, inquieta—. Le amo. ¡A Glen! Tú-Heen-Darii, buena persona-amigo, pero yo amo a...

—EI-Glen-Flanders —pronunció el intruso, clarividente—. Lo sé: Jane Esplendorrr... más Glen: amorrr.

— ¡Sí! —exclamó Jane, excitada.

—No-miedo-pánico-nada —pronunció de carretilla Heen-darii—. Comprender... Comprendido. Yo... antes... otra Tú-Jane... parecido...

— ¡Tenías una compañera... una esposa! —susurró

Jane, maravillada.

—Sí-Esssposa —dijo Heen Darii—. Yo-buena-persona amigo. ¿Tú venir?

Jane no tenía ya dudas. Sabía, sencillamente, lo que tenía que hacer.

— ¿Adónde iremos? —preguntó. Todavía con una pizca de temor.

—Párrramo Einstein —pronunció su visitante con cierta dificultad.

—Está bien. ¿Quieres volverte un momento, Heen-Darii?! Tengo que vestirme —pidió Jane.

Al ver que Heen-Darii no comprendía, señaló con un ademán perentorio sus ropas desparramadas por el piso.

El intruso se movió torpemente y golpeó la lámpara roja que se deshizo en añicos sobre el pavimento. El gigantesco individuo, retrocedió, asustado, y volcó dos sillas.

—Cálmate, Heen-Darii. Yo te comprendo... Has dormido un sueño de siglos. ¿Cómo exigirte ahora que sepas entenderlo todo, mover tu cuerpo anquilosado con soltura? —La Esplendorosa soltó una risita alegre—. Déjame a mí. Al fin y al cabo, entre vosotros no parece ser nada del otro mundo la desnudez. ¿Ves? —se había deslizado ágilmente y se vestía con prisas—. ¡Ya está!

Los ojos dorados de Heen-Darii destellaron,

—Tú-Jane Esplendorr... —se calló bruscamente y fácilmente—: Tú-marrravillosa-bueno, persona-amigo.

— ¡Espléndido! —sonrió Jane. Y se deslizó veloz hacia la puerta que comunicaba con el ancho pasillo —. Vamos, Heen-Darii.

Se volvió un instante para echar una ojeada a aquel desastre de habitación, pero luego tomó a su visitante por un delgado brazo y dijo:

— ¡Vamos, vamos! ¿Qué lentos sois, por Dios!

CAPITULO IX

Teníamos todos las caras largas, pero la barbilla de un tal Glen Flanders —es decir, yo— debía llegar hasta el ombligo.

Habíamos puesto patas arriba las tres plantas de la Base, sin ningún resultado práctico. En su laboratorio. Evans Collins miraba y remiraba el traje brillante de nuestro alienígena. Llevaba horas enteras examinándolo al microscopio, había hecho pruebas con reactivos químicos, lo había sometido al examen meticuloso del ingeniero Doyle...

—Sí, sí, desde luego —oía murmurar, de cuando en cuan do, al circunspecto Collins.

O:

—No cabía duda de que...

Burnside, escéptico hasta la exageración, permanecía a la expectativa.

—Esperemos, esperemos —era su frase preferida —. No cabe duda de que, de un momento a otro, se producirán acontecimientos.

Pero habían transcurrido tres días y nada nuevo había tenido lugar. Y yo me desesperaba imaginando mil horrores para mi entrañable Jane Winterman.

Para entonces, todas las personas que componían la misión Ganimedes-I estábamos al corriente de que Jane había desaparecido. Y no sólo Jane: también el cadáver de alienígena.

La tensión subía de punto a cada hora transcurrida, rostros se volvían impenetrables, hoscos, tensos...

Hasta que mis nervios estallaron; entonces me dirigí resueltamente al despacho del mayor Burnside.

— ¿Qué ocurre, muchacho? —exclamó al verme empujar su puerta con ímpetu irrefrenable.

—Es imposible seguir esperando, señor. A fin de cuentas, ¿qué es lo que aguardamos? ¿Sentarnos indiferentes a que pasen tres meses, como en el caso de John Kurrie? —exploté.

—Cálmese. Glen. No crea que no comprenda su estado de ánimo, pero...

Me indigné.

—Me gustaría saber, señor, por qué ha ordenado esas pruebas de ruptura en el páramo Einstein —

exigí.

Por un momento temí que Burnside me fulminase con su furibunda mirada llameante.

—No vuelva a hablarme en ese tono, Glen. Las pruebas de ruptura de la litosfera de Ganímedes estaban en nuestro programa desde el principio —me explicó—. Son necesarias para conocer con exactitud la densidad de este satélite...

Pero yo no le dejé continuar.

—En otras ocasiones me confió usted este tipo de misiones... ¿Por qué ahora me ha mantenido al margen?

—Sencillamente, entendí que su estado de ánimo no era el más apropiado. Le observé. Estaba usted sumamente excitado a raíz de la desaparición de Jane Winterman. Temí que cometiera una locura. En realidad, sólo pretendía protegerle.

Me ablandé.

Al fin y al cabo, el «viejo» no era tan duro como solía aparentar...

—De todas formas, señor, la inactividad me consume. Me gustaría participar en esas operaciones —solicité.

Burnside consideró el asunto.

—No se trata de una actividad inofensiva, ni siquiera apasionante —dijo al cabo—. Los hombres que hacen volar las cargas de profundidad están

sumamente expuestos... Sin embargo, si insiste en participar, le nombraré una misión de observador aéreo. Pilotará un Fireplane dotado de cámaras de televisión, cine y fotografía. ¿Cree que sabrá hacerlo?

—Desde luego —respondí sin pensar—. (En realidad, sólo] me interesaba entonces acercarme al páramo Einstein.)

Cuando abandoné el despacho de Burnside, iba preguntándome *in mente* qué era lo que había hecho el «viejo» para encontrar a Jane Winterman y resolver el misterio de la no menos inquietante desaparición del cadáver de nuestro alienígena. Poca cosa, en mi opinión: se había buscado a ambos en la Base. En el caso de Jane, se habían realizado vuelos de rutina en un radio de unos cincuenta kilómetros alrededor de GAD-UNO, además. Pero no se había encontrado rastro de ella. Y ahí radicaba mi desesperanza: ahora que ella había confesado apasionadamente que me quería...

Después de almorzar, me dirigí a los hangares. Tenía mí orden firmada por el mayor Burnside y el personal de servicio no opuso ningún obstáculo a que emprendiera mi misión.

Subí a un Fireplane especialmente dotado para la Cartografía y la filmación desde el aire (todo el espacio reservado al copiloto estaba ocupado por un

voluminoso complejo de cámaras de televisión, tomavistas y aparatos de fotografía, totalmente automatizados. Sólo tenía que pulsar una serie de teclas y los aparatos electrónicos cumplirían con su misión).!

Poco después, me sentía catapultado a mil doscientos metros de altura por los potentes cartuchos de fosfógeno. Mi planeador captó una fuerte corriente de aire y yo lo orienté para ascender siete mil metros sobre la superficie de Ganímedes.

Era una tarde espléndida. El sol brillaba fuerte y la atmósfera aparecía atractivamente despejada para el vuelo. Desde las alturas, hice evolucionar al ágil Fireplane y vi abajo, diminuta como una cabeza de alfiler, la Base GAD-UNOJ.

Conecté la radio para dar a Base los datos de vuelo rutinarios. Y entonces resonó la maravillosa voz en mis auriculares.

—*Glen... Soy yo, amor mío.*

Incrédulo, pulsé los mandos de mi intercomunicado.

—Hey, Base. ¿Qué diablos significa esa voz..., es que están borrachos? —chillé.

Pero de GAD-UNO no contestaron.

— ¡Glen! ¡Soy yo, Jane! —resonó la adorable voz en mis oídos.

— ¿Jane? Pero ¿dónde...?

—Comprendo tu estupor, querido. Tranquilízate. No me amenaza ningún mal — ¡era verdaderamente la voz de la Esplendorosa, tan familiar, tan añorada en las últimas fechas!

—Pero... ¿Cómo...? ¿Dónde? No comprendo... —tartamudeaba, me embarullaba, no lograba poner en orden mis pensamientos.

«Ha muerto —pensé—. Los espíritus de los muertos logran comunicarse a veces con los vivos. Y eso es lo que está sucediendo ahora. Jane me habla desde el otro Mundo.»

—Estoy sana y salva, Glen. ¡Viva! —escuché.

—Pero...

—Tu comunicación con GAD-UNO está interferida. Y seguirá así hasta que yo deje de hablar contigo.

—Pero... ¿dónde estás? —murmuré, trémulo, todavía no muy convencido de que no se tratase de una voz espectral.

—No puedo decírtelo, Glen. Pero éste es un lugar maravilloso... ¡Cómo explicártelo! Es... como el Edén. No hace frío y todo lo que me rodea es amable, hermoso, tranquilo.

— ¡Dios santo! Entonces es que, verdaderamente, estás en...

Oí la risa clara y jovial de Jane.

— ¡No, no, qué tonto eres! —exclamó ella—. Ya

te dije que estoy viva. ¿Quieres que te lo demuestre? Anteanoche, tú y yo...

— ¡Calla! —grité, pudoroso.

— ¿Lo ves? —oí su respiración suave en mis auriculares—. Querido Glen, ahora comprendo muchas cosas. Pero no tengo demasiado tiempo y quiero explicarte lo que debes hacer...

— ¿Lo que debo hacer? —clamé, estupefacto.

—No me interrumpas ahora, te lo suplico. Debes hablar al mayor Burnside. Y lo que es más difícil, convencerle de que debe enviar un informe urgente a la Tierra. La verdad es que jamás podrán empujar Ganímedes hacia Venus. Ellos deben comprender que tal cosa es absolutamente imposible.

—No entiendo... ¡No entiendo nada! Tú sabes que nuestra misión es otra, pero indudablemente tendremos que terminar las pruebas y estudios que llevamos a cabo en este satélite —argüí.

. Tras una pausa. Jane pronunció con voz anormalmente grave:

—Esas pruebas de ruptura de la litosfera mediante potentísimas cargas explosivas, les molestan y encolerizan. ¡Te lo ruego. Glen! Convence al mayor Burnside para que suspenda esas experiencias.

—Pero yo... Yo no tengo autoridad para presionar al mayor. Además...

—No es necesario que le presiones: bastará con

que le convenzas. Las explosiones del páramo Einstein perturban a... a otros seres —puntualizó ella.

Me atraganté.

— ¿Otros seres? Pero ¿estás en tus cabales. Jane? —exclamé.

—Jamás me sentí más cuerda que ahora, Glen. Ellos son... como tú y yo, aunque con algunas diferencias. Han venido de confines remotos del Universo, y pertenecen a diferentes razas y culturas.

— ¿Alienígenas, entonces, extraterrestres...?

—En efecto. Son seres inteligentes, que dominan amplios poderes desconocidos para nosotros. Fueron enviados aquí con una misión concreta, bien diferente de la nuestra.

— ¿Cuál... cuál es esa misión? —pregunté, y noté que la inquietud se apoderaba de mí.

—Una muy específica: velar por el orden cósmico en esta parte del Universo.

Me debatí en la duda.

¿Qué hacía Jane con *ellos,* permanecía en su compañía por propia voluntad o...?

—Digamos que soy su rehén —respondió la Esplendorosa, tras plantearle aquella interrogante—. Sin embargo, sé que no recibiré ningún daño y que volveré libremente con vosotros en cuanto haya obtenido éxito en mi función de Mediadora.

Sentía zumbar mis sienes de pura excitación, pero

también me sentía profundamente alarmado.

De todas formas, la curiosidad me obligó a seguir preguntando:

—Dime la verdad. Jane... ¿Hubo un fenómeno de resurrección en el caso del alienígena que encontramos en la sima?

— ¿Cómo lo adivinaste? En efecto, Heen-Darii disponía de un reanimador especial que funcionaría automáticamente en cuanto su cuerpo se descongelase. En realidad, nosotros le hicimos un gran favor. *Podría afirmarse que le indultamos.*

— ¡No comprendo una palabra! —exclamé. Y añadí, ferviente—: Por favor. Jane, explícame eso.

—Heen-Darii era un miembro más del Consejo Cósmico de Vigilancia destacado en Ganímedes. Pero hace centenares de años se rebeló. El Consejo decretó para él lo que llaman «Cura de la Mente»...

— ¿Y en qué consiste esa «Cura»?

—Le aislaron, durmieron y congelaron. *Murió,* según podríamos entender los terrestres. Pero su condena era por un tiempo limitado. Al cumplirse el plazo de la «Cura de la Mente», volvería a vivir. Y así ha sucedido, sólo que unos centenares de años antes. Ahora, Heen-Darii está curado. Ha sido muy amable conmigo. Te lo aseguro, es un ser delicioso.

La punzada de los celos me obligó a reaccionar cáusticamente.

— ¿Tan delicioso como... yo? —exclamé frenético.

— ¡Oh. No, no! ¡Es... otra cosa! Amable, comprensivo, delicado. Pero yo sólo te amo a ti. Y ahora, Glen. Querido, con todo el pesar de mi corazón, debo cortar la comunicación.

— ¡Jane!

—Sólo repetiré el mensaje que ellos me han confiado: las deflagraciones a gran profundidad en el páramo Einstein deben cesar inmediatamente. En cuanto al proyecto Ganímedes, considerado globalmente, es imposible. Ganímedes no puede ser separado de su órbita alrededor de Júpiter porque ello traería gravísimas consecuencias interplanetarias. Pero además, este satélite es la sede del Consejo Cósmico de Vigilancia.

Hubo una pausa. Luego, nuevamente, se oyó la nítida voz armoniosa de Jane Winterman.

—También tengo una noticia agradable que transmitiros. John Kurrie no ha muerto.

— ¿Cómo es posible? ¡Hace cinco meses que desapareció!

—Está con *ellos*. Y se encuentra perfectamente. Yo misma lo he visto y he hablado con él... Ahora, Glenn, querido mío, debo despedirme. En ti confío. Debes llevar a cabo 1 gestión que te he encomendado. Créelo, creedlo todos: si me he

prestado a este papel de mediadora, ha sido por nuestro bien, por la seguridad de todos los que componemos el personal de la Base Ganímedes-I. El mayor Burnside debe comunicar con la Tierra y conseguir que el proyecto sea abandonado. Adiós, querido Glen. Te estoy echando de meno

Tardé en reaccionar.

— ¡Espera, Jane, espera aún! Tengo que preguntarte si

Pero la Esplendorosa no volvió a hablar.

Segundos después la voz de una de las operadoras de central de telecomunicaciones de GAD-UNO resonaba impaciente en mis microauriculares.

— ¡Teniente Flanders, teniente Flanders! ¿Me escucha?

—Flanders al habla —contesté.

— ¡Al fin! Creímos que había sufrido un accidente... ¿Qué le ocurrió? Llevamos veinticinco minutos tratando de comunicarnos con usted. ¿Es que se durmió, estaba soñando? —habló la operadora, con reproche.

Pero yo no le prestaba mucha atención. Quizá sí, quizá me hubiera interesado estar soñando.

***

Durante treinta minutos sobrevolé el páramo

Einstein. Me sentía desorientado y triste, pero cumplí con mi obligad puse en marcha los aparatos de filmación y tomé imágenes de los altísimos surtidores de hielo pulverizado que producían las explosiones de profundidad.

Era un espectáculo fascinante, bellísimo. Fragmentos de regular tamaño de hielo ascendían hasta tres mil metros, mezclados con emulsiones de polvo blanquecino semejante a nieve. Al ser penetrados por los oblicuos rayos del sol, el conjunto esplendía como una nube de oro. Siempre he sido un hombre muy sensible a la belleza en todas sus manifestaciones, pero esa tarde el espectáculo sorprendente que tenía lugar en el páramo Einstein me dejaba indiferente y frío.

Al cabo, evolucioné sobre los «surtidores de oro» y decidí volver a la Base.

Pensaba constantemente en la larga conversación que había mantenido con Jane. ¿Al fin y al cabo, no podría tratarse de un delirio?

Había una forma de comprobarlo. Todas las comunicaciones quedaban grabadas automáticamente en los sistemas de a bordo. Consulté el cronómetro, gradué la hora precisa e intenté escuchar la reproducción de la conversación mantenida con la Esplendorosa: no pude escuchar otra cosa que la voz de la operadora intentando, machaconamente,

establecer con-lacto conmigo.

Sumamente decepcionado, hice descender el Fireplane sobre el llano-aeródromo de GAD-UNO. Cuando me desprendía del traje de vuelo, tuve serias dudas acerca de cuál debería ser mi conducta. ¿No se reiría el mayor Burnside si le daba cuenta de mi conversación con Jane...?

De todas formas, decidí entrevistarme con él. Burnside me había exigido que le mantuviera al tanto de todas mis ron versaciones. Si tomaba a broma o no mis declaraciones, era cosa suya.

CAPITULO X

Era muy tarde ya y yo permanecía dando vueltas,

absolutamente desvelado, sobre mi lecho.

Había fumado con exceso. Y no sólo fumar: también había bebido media docena de whiskys.

En contra de mi voluntad y de mi sensatez, yo seguí obsesionado recordando mi contacto de anteayer con Jane Esplendorosa.

Burnside había escuchado en silencio mi relato. Incluso había grabado. Cuando terminé de hablar, me hizo algunas preguntas, insistió tercamente sobre algunos aspectos del m saje de Jane. (Sin duda, intentaba comprobar si yo caía alguna contradicción, con lo cual quedaría demostrado fácilmente, sin caer en un solo error.

Mi jefe me hizo prometer que no hablaría a nadie de aquel asunto. Pero al día siguiente, las experiencias del para Einstein prosiguieron como de costumbre. Simplemente, equipos se habían trasladado unos kilómetros al sur para seguir con explosivos otras líneas .de fractura de la corteza Ganímedes.

Por mi parte, viví aquella jornada en perenne tensión, De un momento a otro esperaba un prodigio, una señal, algo indiferente...

Y ahora, sin posibilidades de conciliar el sueño, me agitaba en el lecho, con el cerebro embotado y el cuerpo dolorido por la tensión nerviosa.

De repente, se produjo aquella leve trepidación.

Todo vibraba casi imperceptiblemente, al tiempo que se dejaba oír un rumor lejano, sumamente molesto a los oídos.

¿Dónde había oído yo algo semejante? Le recordé bruscamente: en el laberinto de cortaduras y cavernas de hielo del fondo de la sima.

La trepidación fue en aumento, mezclada con algunas voces de alarma que llegaban del pasillo. Un momento después, un lívido capitán Sheldon llamaba a mi puerta.

Le abrí. Sheldon penetró como un alud en mi cabina.

Le abrí. Sheldon penetró como un alud en mi cabina.

— ¿Es que no lo has oído, teniente Flanders! ¡Alarma, alarma general! —En su nerviosismo, me llamaba por mi grado y apellido, en lugar de utilizar, como era habitual, mi nombre de pila—, ¡Hay *algo* ahí fuera!

— ¿Algo? —inquirí, mientras me vestía apresuradamente.

— ¡Luces deslumbrantes, objetos que flotan en la atmósfera y lanzan chorros de fuego líquido... INVASORES! —gritó, descompuesto.

No mentía.

En aquel momento se estaba produciendo lo que en términos usados en Ufología se conoce como

«Contacto en la IV Fase». Si un Encuentro en la III Fase es el contacto con alienígenas, la Fase IV es el ATAQUE.

— ¡Vamos, vamos, aprisa! —gritaba el capitán, descompuesto.

Le seguí hasta el pasillo y monté en mi *scooter* cuando Sheldon se alejaba ya locamente en la distancia.

No llegué a moverme. De repente, uno de los amplios ventanales estalló fragorosamente y a través de la abertura penetró agua helada en una ola incontenible.

¡Agua en Ganímedes, oleadas de agua impetuosa que invadió rápidamente el pasillo y me cubrió hasta la cintura, dejándome aterido, incapaz de reaccionar...! (En Ganimedes, el aliento se helaba literalmente...)

Oí gritos de terror y esto me hizo reaccionar. Chapoteé sobre el agua helada y conseguí alcanzar la escalera que conducía a la planta superior.

Chorreante, salté los peldaños con torpeza, jadeé, resbalé, caí y volví a incorporarme inmediatamente, temeroso de ser atrapado por la incontenible avenida líquida.

No podía explicármelo... ¡Agua en Ganímedes, donde los témpanos de hielo reinaban en todo lo que abarcaba la vista...!

Escalaba los últimos peldaños, cuando todo quedó a oscuras. Experimenté una sensación de desamparo en medio de las tinieblas y me detuve.

Pero en seguida, la luz penetró a chorros por los ventana les de la planta en que me hallaba.

Mi mediana borrachera se esfumó en breves segundos. Y no se debía esto únicamente al agua helada que me empapa, sino al panorama estremecedor que podía contemplar a través del ventanal.

Un mar impetuoso y brillante, es lo que pude ver. Olas encrespadas de cuatro metros de altura golpeaban con terrorífica potencia los gruesos cristales de seguridad, irrompibles en hipótesis, pero que yo había visto saltar como quebradizas y débiles en la planta inmediatamente inferior.

Alcé la mirada y los vi.

No pude calcular su tamaño, aunque sí su brillante aspecto cegador, sus luces cambiantes, los dardos rojizos que expandían hacia abajo y su continua movilidad, que impedía observar a uno de ellos minuciosamente. Iban, venían, cruzaban fulminantes la atmósfera, se estabilizaban, ascendían de improviso, desaparecían y volvían a mi ángulo de visión...

¿Cuántos eran? Imposible contarlos, puesto que apenas permanecían inmóviles unos segundos. A

veces se agrupaban de improviso y, entonces, la potencia de aquellos rayos rojizos provocaba silbantes columnas de vapor sobre las agitadas aguas que rodeaban la Base Ganímedes-I.

¿Cómo luchar contra aquel fenómeno extraño? Posiblemente, el sótano, donde permanecían nuestras modestas naves de investigación, estaría ya anegado. Cierto que en la planta superior había un puesto de defensa, consistente en una gran cabina giratoria, armada con misiles y cañones eléctricos. ¿Pero valdría de algo todo aquello contra nuestros poderosos asaltantes?

Retrocedí, intenté orientarme en la oscuridad...

Alguien que corría locamente en sentido opuesto chocó contra mí, me golpeó en pleno rostro y me tiró salvajemente al suelo.

El dolor me impidió reaccionar en unos minutos. Arrojaba abundante sangre por la nariz y me sentía mareado. A pesar de lo cual, conseguí ponerme en pie, tambaleante, y desplazarme hasta la pared, apoyado en la cual seguí avanzando en la dirección que creía correcta.

No oía gritos humanos ya. Sólo el crujido de la estructura de la GAD-UNO, conmovida desde sus cimientos por la presión que las aguas tumultuosas ejercían sobre la gigantesca construcción.

Un resplandor blanquecino me guió. Entreví el

inicio de una escalera circular y corrí hacia allá.

A través de un ventana! vi un espectáculo dantesco: sobre las olas flotaban algunos de nuestros muebles, utensilios y enseres. Mi ánimo decayó lamentablemente ante aquella visión.

Me sentí perdido, derrotado, dominado por la desesperación.

Y allá, fuera, las aguas se agitaban violentas, formando penachos de roja espuma al chocar contra los muros de la Base.

Me volví, desorientado. ¿Qué era lo que debía hacer?

Me dejé caer al suelo, vencido. Yo era una mota minúscula perdida en el Cosmos. ¿Cómo podría osar luchar contra fuerzas mil veces superiores...?

Reflexioné.

De una forma vaga, intuía lo que estaba ocurriendo: los potentes rayos rojos que provenían de las naves invasoras estaban fundiendo el hielo de Ganímedes a velocidad prodigiosa.

Pronto, las aguas, más voluminosas a cada instante, desprendían la Base Ganímedes-I de su anclaje en el propio hielo...

¿Qué ocurriría entonces...?

Quizá la Base entera —construida con metales ligeros— flotaría en aquel océano embravecido y sería destruida al ser desplazada e impulsada contra

los gigantescos icebergs que yo veía flotar a través del ventanal.

O tal vez, sencillamente, se hundiese, puesto que las plantas inferiores habían comenzado a anegarse unos minutos antes, cuando los cristales —¡irrompibles!— se deshicieron en mil pedazos.

Una rabia sorda germinó en mi cerebro, insospechadamente.

¿No era aquello un «Contacto en la IV Fase»? Lo cual venía a significar: Guerra.

¡Pues guerra sin cuartel, hasta lo último...!

Me incorporé, rezongando maldiciones entre dientes. Muy cerca sonó un crujido horrísono... ¡La estructura de GAD-UNO a punto de desgajarse...!

Avancé torpemente en las tinieblas, pues a menudo, la luz que provenía de los ventanales se extinguía fulminantemente. Tropecé con algo duro y consistente, me herí el hombro derecho y caí al suelo.

Sollocé de impotencia.

— ¡Arriba, arriba! —me gritaba la cólera que bullía cada vez más impetuosamente dentro de mí.

Esperé a que se produjera un destello de luz nuevamente. Y cuando un azulado resplandor iluminó la rotonda, me lancé con ciego ímpetu escaleras arriba.

Estaba dispuesto a responder al ataque. Sabía muy

bien cómo utilizar las defensas de la plataforma superior de observación. Teníamos misiles poderosos, destructores cañones electrónicos... Era preciso responder con contundencia al ataque de los invasores, antes de que...

Sollozaba y reía, gritaba y lloraba, mientras proseguía la ascensión a través de la interminable escalera.

Cuando recuerdo aquellos instantes, comprendo que sólo la desesperación me mantenía en pie.

Una vez más, se hizo la oscuridad. Resbalé sobre los peldaños metálicos y mis espinillas golpearon ferozmente y me herí.

En medio de las tinieblas, perdí el equilibrio y caí por enésima vez. Rodaba peldaños abajo, golpeándome salvajemente contra la baranda miembros, espalda y cabeza. Sentí tanto dolor que grité y chillé, furioso, consciente de mi impotencia.

En aquel momento, algo detuvo mi caída.

¿Algo o... alguien?

Noté que alguien me tomaba por un brazo. Y escuché una voz serena y cálida que me decía:

—Ven, no temas. Yo te guiaré. No vas a morir.

Me agité como un salvaje.

— ¿Quién diablos es? —gruñí.

—Adelante. Apóyate en mí, desciende. Yo te llevaré a lugar seguro. Ven.

¿Un alma caritativa, uno de mis compañeros poseedor de la virtud de ver entre las más densas tinieblas...?

Le repelí brutalmente y retrocedí como consecuencia de mi espasmo muscular.

Mi cabeza chocó dolorosamente contra un cuerpo metálico. Maldije soezmente, y palpé a mí alrededor, tratando de sostenerme...

— ¿Dónde estás, dónde? —grité, asustado.

Pero nadie respondió a mi llamada.

La persona que había intentado ayudarme se había alejado, ofendida seguramente por mi loca hostilidad.

Con la debilidad de un niño, pero con la terquedad de un adulto, me puse lentamente en pie.

Desde el lugar donde me hallaba, podía ver y seguir en un amplio ángulo las evoluciones de los ovnis sobre las aguas encrespadas.

Se movían ahora de un modo extraño, agrupándose y balanceándose levemente en el aire.

La Curiosidad me movía a avanzar, con gran torpeza, hacia el gran ventanal.

Ávido, contemplé el vaporoso brillo multicolor que fluía de las alturas. Un punto luminoso y otro, y otro, de forma mareante, se iban agrupando hasta formar un objeto flotante de enormes dimensiones. Era como si numerosas células se acoplasen entre si

para formar un todo homogéneo y definido.

Aquel todo era una nave poderosa, evidentemente. Se había inmovilizado y flotaba libremente sobre las olas encrespadas.

¡Y su forma...!

Era casi exactamente la de la concha de una mastodóntica tortuga. El enorme caparazón vibraba apenas y se veía recorrido por finos dibujos semejantes a los de las carey...

¡Igual que el objeto que John Kurrie y Jane Winterman habían observado en las primeras exploraciones sobre el páramo Einstein...!

CAPITULO XI

Súbitamente entendí que mi conversación con Jane no había sido producto de un delirio.

El «Contacto en la IV Fase» (confrontación bélica) no era otra cosa que la respuesta a nuestra rebeldía: lamentablemente habíamos seguido llevando a cabo nuestras experiencias con explosivos de alto poder destructivo en el páramo Einstein.

Mis dudas se esfumaron. Ahora estaba ya completamente convencido de que *ellos* no eran una fantasía, sino absoluta realidad.

En una palabra: teníamos lo que merecíamos. Otros seres habían llegado mucho antes a Ganímedes y tenían derechos sobre el satélite, además de

incontrovertibles razones éticas y universales.

¿Qué se podía hacer ahora, sino entonar un sincero *mea culpa?*

Distraído, no advertí la luz que brotaba a mi espalda. Pero un jadeo profundo, me obligó a volverme de un respingo.

El mayor Burnside, ensangrentado y crispado el rostro, ascendía torpemente la escalera, al tiempo que barbotaba palabras incoherentes.

—¡El Apocalipsis...! Pero debo hacerlo, debo hacerlo...

¿Qué era lo que debía hacer?

Estaba diáfanamente claro: responder con las armas al castigo impuesto por los miembros del Consejo Cósmico de Vigilancia.

Era una locura. Yo podía entender ahora que nuestros medios jamás podrían contestar con eficacia a los de los seres que componían el Consejo Cósmico asentado en Ganímedes.

Ahora todo había quedado en silencio. Un silencio extraño, impresionante, que me obligó a volverme hacia el ventanal.

Las aguas se remansaban, las olas decrecían de tamaño y empuje, todo se aquietaba...

En las alturas, envuelto en aquel resplandor vaporoso de tonos cambiantes flotaba, majestuoso, el conjunto de nódulos en forma de tortuga. La quietud,

la calma, significaban una pausa en la actitud bélica de los extraños seres procedentes de otros mundos.

Me pregunté qué ocurriría si el mayor Burnside plantaba cara locamente a los que nos vigilaban ahora pasivamente.

—Supongo que sería la destrucción total —me respondí a mí mismo.

Se estaba produciendo un raro fenómeno en el exterior.

La dilatada superficie del agua se había serenado por completo. Ahora ofrecía ya un aspecto liso, espejeante.

¿Por qué...?

Sencillamente, el frío intenso que reinaba en Ganímedes volvía a convertir en hielo el amenazador océano.

De repente, reaccioné.

Ahora sabía cuál era mi deber: evitar que el mayor Burnside desencadenara el verdadero y definitivo Apocalipsis.

Aprovechando la luminosidad tenue que penetraba ahora por el ventanal, corrí hacia la escalera. Había valorado demasiado mis fuerzas, porque apenas ascendidos una docena de peldaños me sentí desfallecer.

Traté de recuperar la respiración, recobrar las fuerzas suficientes para llegar a la plataforma de

observación.

— ¡Arriba, arriba! —murmuraba entre dientes. Pero ahora no me animaba ya el impulso vengativo anterior.

Jadeé, tosí, me agarré con firmeza a la baranda y seguí ascendiendo.

Era consciente del peligro que corríamos todos. A los inteligentes seres que le había sido fácil convertir el suelo helado en fragoroso océano, les resultaría un juego de niños dirigir sus desconocidas armas contra nosotros y aniquilar por completo.

Al fin estaba arriba, en la estancia circular que servía de puesto de observación y de culminante punto de defensa.

Vi a Burnside inclinado sobre los motores autónomos que proporcionaban la fuerza eléctrica suficiente para iniciar un ataque.

Y me abalancé sobre él.

— ¡No puede hacerlo, mayor, no *debe* hacerlo! —gKrité—. ¡Sería el desastre, la muerte, la aniquilación para todos nosotros!

— ¡Déjeme! —barbotó Burnside, reconociéndome—. ¡He de repeler a los invasores antes de que nos destruyan por completo!

Me golpeó duramente en el rostro con los puños y nuevamente sentí abrirse mis heridas de nariz y boca. Burnside siguió luego dándome puñetazos con una

ferocidad increíble.

Me sentía desfallecer. Dolorido, sangrante y agotado, yací sobre el piso unos segundos.

Pero el rumor monocorde de los motores me hizo reaccionar. Abrí los ojos con un gran esfuerzo... ¡Burnside ajustaba los disparadores del gran cañón lanzamisiles de destrucción...!

Estaba graduando la mira electrónica para asegurar los disparos de la terrible arma.

Comencé a arrastrarme. ¡Debía detenerlo, incluso golpearlo, tal vez... matarlo!

En la negra mancha del firmamento flotaba la nave alienígena, ajena al parecer, a los propósitos de mi jefe.

Burnside respiraba con fuer/a, miraba a través de visor de pantalla verde 'luminosa, se disponía a iniciar el ataque...

Lamentablemente, yo no podría llegar a tiempo. Mi jefe se había sentado en el asiento del operador y...

¡FAAAaaang...!

Aunque tenía los ojos cerrados, pude ver a través de los párpados el potentísimo resplandor deslumbrante. Noté que la luz, avasalladora, penetraba hasta lo más profundo de mi cerebro.

Simultáneamente escuché el alarido del mayor Burnside.

Apreté los párpados, cubrí mi vista con las manos. A pesar de ello, la luz, de insoportable potencia, seguía penetrando inmisericorde dentro de mí.

Y de repente se hicieron las tinieblas.

Burnside jadeaba, sollozaba, gritaba.

— ¡Ciego, ciego, estoy ciego! ¡No puedo ver nada!

Sentí conmiseración por él. Y me arrastré, apretados los párpados, hacia el lugar del que brotaban los sollozos estremecedores.

— ¡Me han cegado, no puedo ver nada...!

Llegué junto a él, mis manos palparon su espalda.

—Cálmese, mayor. Estoy aquí. Le ayudaré, soy Glen Flanders.

Sus gemidos cesaron. Suspiró profundamente y me tendió la mano en la oscuridad. Se la oprimí y traté de consolarle.

Pero él exclamó, doliente:

— ¿Qué ha ocurrido, Glen, qué fue lo que pasó?

—No lo sé, jefe. Una luz cegadora... Tal vez intentaban impedir que usted disparase. Era una locura pelear contra *ellos,* ahora lo comprendo. Son más poderosos y quizá tengan, también, la razón de su parte.

—Pero yo, yo...

Abrí los párpados, con cautela. La oscuridad era absoluta, o eso me pareció, al menos.

Luego palpé a mí alrededor y mis dedos

tropezaron con la lámpara que Burnside había utilizado para guiarse hasta la plataforma de defensa.

La encendí. Un rayo de luz brilló en las tinieblas y mi corazón saltó de puro gozo...

— ¡Veo, puedo ver! —estallé de pura alegría.

Pero cuando acerqué la lámpara al rostro de Burnside y vi sus ojos abiertos, inmóviles, incapaces de parpadear, mi súbita alegría se extinguió.

***

Hacía un frío intenso, estremecedor.

No era extraño: la planta inferior estaba bloqueada por enormes témpanos de hielo. Las aguas que penetraran a través de los ventanales destrozados debían haberse helado instantáneamente, pues los bloques de hielo presentaban el relieve propio de las aguas en movimiento.

Busqué apresuradamente algo con que abrigarnos. Por fortuna, encontré dos equipos termoestables y coloqué el suyo al mayor, tras lo cual me enfundé apresuradamente en el mío.

Burnside suponía un engorro considerable, pues yo debía servirle de lazarillo. Había intentado que mi jefe se aviniese a quedarse en una estancia estanca, pero el mayor Burnside había perdido el valor y se empeñó tercamente en acompañarme adonde quiera

que fuese.

Eché una ojeada a los desolados pasillos, a las silenciosas instalaciones vacías.

¿Y mis camaradas...? ,

Un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza al imaginar que, posiblemente, todos o la mayoría habrían perecido en la inesperada catástrofe.

Perdidos los nervios, corrí locamente a través de los pasillos. Detrás de mí, Burnside se guiaba por mis gritos, tropezando y cayendo frecuentemente.

Entonces vi brillar una lucecita al final del largo corredor que unta el ala oriental con la occidental.

Me detuve bruscamente.

— ¿Quién anda ahí? —pregunté con voz temblorosa.

— ¡Glenn! ¡Es Glen Flanders! ¡Está vivo! —exclamó una alegre voz en la que reconoció al audaz Chuck Jones, nuestro geólogo.

Un momento después me reunía, alborozado, con una patrulla compuesta por Jones, Wardour, el doctor Collins y el ingeniero Doyle.

Nos abrazamos, murmuramos palabras incoherentes.

—Así que vosotros os habéis salvado... —exclamé, emocionado.

— ¿Cómo que nosotros...? Nosotros y todos los demás, que aguardan en el refugio de la planta

superior. En realidad, sólo faltabais tú y el mayor Burnside... Por cierto, su esposa está tan alarmada que acaba de sufrir un síncope. Por fortuna, Collins le puso una inyección estimulante y parece que se recuperará. ¿Dónde está el mayor...?

Nos volvimos en aquel momento y vimos a Burnside que avanzaba a tientas corredor adelante.

— ¿Qué ha pasado? —Exclamó Collins—. Se diría que está ciego...

—Lo está —asentí—. Pero no hay tiempo para explicaciones. Hay que ponerse en seguida a trabajar. Tenemos que reparar los generadores de energía, colocar cristales en los ventanales, recomponer todo lo destruido... Más tarde tendremos tiempo suficiente para las explicaciones.

—Tiene razón. Yo me ocuparé de Burnside —se ofreció Collins—. Es preciso obtener energía antes de que todos muramos congelados.

Retrocedimos hacia el refugio de la planta superior para reunimos con nuestros camaradas y organizar apresuradamente equipos de trabajo.

Y a mitad del camino las luces fulgieron potentes y todos los sistemas volvieron a funcionar.

En pocos minutos, los témpanos de hielo formados en el interior de la Base comenzaron a fundirse y hubo que disponer varias bombas rápidas para desalojar el agua que corría lentamente a lo largo de

corredores e instalaciones.

Doyle se las arregló para aislar nuevamente el interior de la Base y la temperatura subió poco a poco hasta calentar nuestros ateridos cuerpos.

¿Cómo había vuelto la energía? Inexplicable.

¿Cómo se habían salvado nuestros camaradas en medio de la confusión, la oscuridad y el pánico? Tampoco tenía explicación por el momento.

Me asomé a un ventanal y dirigí mi mirada a las alturas. La súper nave formada por elementos había desaparecido.

El suelo estaba completamente helado, formando una superficie lisa y oscura. Atrapados en el hielo se veían algunos de nuestros utensilios: mesas, lámparas, ordenadores, archivos...

En aquel momento, una claridad pálida brilló hacia Oriente. Estaba amaneciendo un nuevo día sobre el Mundo de Hielo.

Apoyado sobre el marco de la ventana, me quedé profundamente dormido.

CAPITULO XII

El miedo había desaparecido de todos los semblantes, pero las expresiones de mis compañeros reflejaban introspección y reflexión.

Todos pensábamos ahora en el cataclismo de la noche anterior y en sus imprevisibles consecuencias.

¿Cuál sería ahora nuestra conducta? Ignorar la advertencia que se nos había hecho en forma de ultimátum tendría, probablemente, resultados dramáticamente definitivos para los hombres y mujeres de la Base Ganímedes I.

Me trasladé en mi *scooter* al despacho de Evan Collins y me interesé por el estado del mayor Burnside.

—Está bien. Pero su ceguera es irreversible. Sus ojos es tan dañados para siempre —me dijo el médico.

— ¿Puedo verle, hablar con él?

—No es aconsejable. Padece una depresión nerviosa grave. Lo más recomendable es aguardar a que se recupere.

Abandoné el hospital muy impresionado, y bastante desorientado, para decir la verdad. Ahora no teníamos jefe. ¿Quién se encargaría de dirigirnos?

El capitán John Sheldon se había vuelto un hombre apático e indeciso. No parecía aconsejable cargarle

responsabilidades ahora.

Fui al salón de reuniones, donde se encontraba aquella mañana la mayoría de mis compañeros.

Peter Wardour y Dick Sloane, el meteorólogo, estaban discutiendo acaloradamente.

— ¿De qué se trata? —pregunté con toda la amabilidad posible.

Ambos se volvieron al oír mi voz.

—Peter pretende que fui yo quien le guió en la oscuridad hasta el refugio-Uno —me explicó Dick —. Es demasiado tímido y generoso. Por el contrario, yo creo que fue él quien me puso a salvo en medio del caos.

Seymour Goldman se aproximó a nosotros.

—En tal caso, ¿quién fue el que me salvó de morir ahogado en la riada? —preguntó ávidamente.

Un momento después comprobábamos que todos habíamos recibido en la oscuridad la visita de alguien que se había ofrecido amablemente a guiarnos hasta lugar seguro.

—Es curioso —observé—. A mí me ocurrió algo semejante: alguien me tomó por un brazo y dijo: «Ven, no temas. Yo te guiaré a lugar seguro. Ven.» Y después añadió: «Adelante. Apóyate en mí. Ven. No vas a morir.»

Al instante, mis compañeros exclamaron al unísono:

— ¡Esas fueron precisamente las palabras que oí en la oscuridad! Y alguien desconocido me llevó al refugio y desapareció.

Admirable, desde luego.

Porque ninguno de nosotros disponía materialmente de tiempo para salvar a los demás en tan poco espacio de tiempo.

Mis camaradas se lanzaron a una ardiente discusión sobre quién o quiénes habían sido los salvadores.

Yo me alejé un tanto de ellos, pues era imposible poner un poco de orden en las acaloradas exclamaciones.

El asunto suponía todo un enigma insoluble. Para ellos, para mis camaradas, que no para mí. Porque yo estaba absolutamente seguro de que los que nos habían salvado de la muerte no eran otros que *ellos,* los seres que componían el Consejo Cósmico de Seguridad.

Que su advertencia no había querido ser cruenta se demostraba por sí sola. Nos habían dado un buen escarmiento, pero ninguno de nosotros había recibido daños serios.

A excepción del mayor Burnside, empecinado temerariamente en una lucha desigual.

¿Y Jane, mi adorable Jane *la Esplendorosa!* Ella había anunciado que volvería, sin mencionar una

fecha fija.

¿Vendría, volvería? Todo parecía ahora tan inconcreto y remoto...

***

Eran las primeras horas de la noche y todos —excepto los que permanecían de guardia— nos encontrábamos en el salón .de reuniones.

Por alguna razón, experimentábamos un agudo sentimiento de solidaridad, de necesidad de compañía. Y así, en lugar de cobijarnos en nuestras respectivas cabinas, nos apiñábamos en la tibia y amplia estancia. Manteníamos conversaciones a media voz y todos nos preguntábamos *in mente* cuál sería nuestro futuro.

De improviso, mi intercomunicador comenzó a destellar.

—Aviso para el teniente Flanders. Trasládese inmediatamente a la central de telecomunicaciones.

Abandoné el salón, tomé la primera *scooter* que hallé a mano y partí a toda velocidad.

En la central me esperaban la operadora Mary Jefferson, el doctor Collins y la doctora Sally Burnside, esposa del mayor, Bradley y Chuck Jones.

— ¿Qué ocurre? —pregunté, intrigado.

—Es una llamada para usted, Glen —me explicó la

operadora—. Se repite intermitentemente desde hace cinco minutos. Escuche, por favor.

Mary manipuló en el ordenador de telecomunicaciones y afinó el sonido.

En seguida oí la voz, con toda claridad.

—Llamamos a Glen Flanders. Es preciso que nos comuniquemos con él en seguida. Es una llamada de urgencia para Glen Flanders. Solicitamos...

Miré a los asistentes, lleno de estupefacción.

— ¡Es la voz de John Kurrie! —exclamé, admirado—. ¡Luego Jane no mentía al asegurar que John estaba vivo!

—Hemos reconocido la voz de Kurrie —asintió Collins, impresionado—. Y por eso le hemos hecho venir aquí. Tanto la doctora Burnside como los aquí presentes, estamos de acuerdo en que sea usted quien atienda personalmente esta llamada.

Tragué saliva, me pellizqué nerviosamente el lóbulo de una oreja.

—Adelante —me animó la operadora en voz baja —. Hable.

Me aproximé al panel, tembloroso. Aspiré profundamente, traté de dominar mis nervios.

— ¿John? —pronuncié—. Soy yo, Glen Flanders.

—Sitúate ante la cámara de televisión —pidió la voz de Kurrie—. Quiero verte.

Mary Jefferson me indicó el lugar que debía

ocupar.

Inmediatamente el rostro de John Kurrie aparecía en la gran pantalla-monitor de televisión instalada sobre el muro frontero de la central.

Las rodillas me temblaron, pero permanecí rígido con un esfuerzo muscular. Una emoción indescriptible se apoderó de mi al reconocer las serenas y viriles facciones de aquel a quien había creído muerto con toda seguridad.

Miré de reojo a mis camaradas: también ellos se sentían dominados por una intensa emoción.

—Bien, ahora estoy seguro de que eres tú, Glen. Te hemos elegido como parlamentario, como voz que representará a los hombres y mujeres de GAD-UNO —pronunció Kurrie, empleando nuestras expresiones coloquiales.

— ¿Qué... qué debo hacer? —murmuré, inseguro.

—El Consejo Cósmico de Vigilancia quiere conocer vuestra decisión respecto al ultimátum que recibisteis por boca de Jane Winterman. Tú has sido elegido para dar una respuesta definitiva al Consejo.

—Pero, John... No poseo autoridad. Es el mayor Burnside quien...

—En tal caso, consultad con Burnside. El Consejo exige una respuesta inmediata —expresó Kurrie con severidad.

Miré a la señora Burnside. Y ella comprendió.

Inmediatamente abandonó la central de telecomunicaciones.

Entretanto, me volví hacia la gran pantalla donde seguía viéndose el rostro del teniente John Kurrie.

—John —dije—. Dijiste *«te hemos elegido...»* ¿Es que tú...?

Una leve sonrisa se insinuó en los labios de Kurrie.

—Sí. Estoy con ellos, pero no temáis. No soy lo que podría entenderse como un traidor, un desertor. En lo que interesa al Universo, no hay fracciones ni intereses contrapuestos. Ellos me hicieron volver a la vida y me propusieron que me uniera al Consejo como representante de la Tierra. Lo hice porque comprendí que no sólo era necesario para la seguridad y el futuro de nuestro planeta, sino también porque lo consideré de estricta justicia. Al fin y al cabo, así es como se formó el Consejo Cósmico de Vigilancia: con miembros de todas las razas y todos los sistemas planetarios conocidos y habitados.

Me mordí los labios, desalentado.

—Pero ¿nunca..., nunca volverás con nosotros? —preguntó.

—No. Pero no estéis tristes por mí. Yo soy feliz cumpliendo con mi misión. La vida entre nosotros carece de egoísmos' y dolores. No temáis: yo seré

vuestro salvoconducto y vuestro escudo. Ese es mi papel y lo cumpliré hasta el final.

Sonreía animadamente y en aquel momento sentí una admiración sin límites por aquel hombre. No era extraño que Jane le hubiera demostrado también su afecto y su decidida inclinación.

Pero los celos se desataron entonces dentro de mi corazón, con potencia avasalladora. Pensaba si no se decidiría Jane por el admirable John Kurrie. Si éste había optado por entrar a formar parte del Consejo Cósmico de Vigilancia, ¿no haría ella otro tanto?

En aquel instante apareció Sally Burnside.

—Por favor, Glen —dijo—. El mayor quiere hablar con usted.

La seguí.

Unos minutos después me acercaba al lecho donde el mayor Burnside descansaba. Sus ojos estaban vendados, pero la expresión de su rostro era relajada y serena.

—Acérquese, Glen —me invitó.

Me aproximé al lecho con timidez y dije:

—Le escucho, señor.

—He cometido algunos errores graves, Glen, pero no volveré a caer en ellos. Ahora he comprendido, aunque a costa mía, que no siempre nuestros jefes y superiores tienen razón indiscutible. Sally me ha hablado. Delego en usted toda mi autoridad mientras

mis ojos carecen de luz. Puede hacer lo que juzgue justo.

—Pero, señor...

—No dude, Glen. Vaya ahora. Nuestro futuro depende de usted. Dígales... Dígales que redactaremos un completo informe para la Tierra desaconsejando la operación Ganímedes en su totalidad. Que Dios le ayude.

CAPITULO XIII

Miré a la pantalla de televisión.

— ¿Qué debo hacer, John? —pregunté.

— ¿Estás dispuesto?

—Sí.

— ¿Tienes miedo?

—Un... un poco. Pero procuraré contenerlo. Sé que soy portador de una misión justa —respondió.

—Magnífico. Te daré algunas instrucciones. Sal al exterior y aléjate caminando de la Base. Nosotros te transportaremos aquí. Y una última advertencia.

—¿Sí?

—La diversidad de individuos que componen el Consejo Cósmico de Vigilancia, lleva necesariamente a una correspondiente diversidad en sus aspectos físicos. Te sorprenderá mucho su apariencia, tan diferente de la nuestra en algunos casos, pero no temas. Se trata de seres inteligentes, sensibles a la verdad, a la bondad y a la justicia. Ningún mal recibirás de ellos, ni siquiera psicológico —me explicó Kurrie.

—Estoy listo —contesté, cuadrando mis hombros.

—Bravo, Glen. Confiaba en ti, como confía Jane. Adelante. Sal.

La imagen de John Kurrie desapareció de la pantalla.

Tragué saliva, dirigí una ojeada a los rostros desencajados de mis cantaradas, y salí de la central.

Avancé despacio por un corredor hasta llegar a una de las salitas principales.

Afuera era noche cerrada y en el firmamento sólo se divisaban los puntitos destellantes de las lejanas estrellas.

Caminé con paso acompasado sobre la dura superficie helada.

No miré ni una sola vez atrás, temeroso de que al contemplar los luminosos fanales de la Base mi decisión flojeara.

Al fin, el fulgor de GAD-UNO se fue extinguiendo al alejarme.

Fue entonces cuando algo brilló en las alturas y descendió fulminantemente sobre mí.

No se trataba de una nave ni de ninguna clase de cuerpo concreto. O ése fue el sentimiento que experimenté al menos.

Fue... eso, un destello cegador que, por paradoja, no hería mis pupilas. Entonces me sentí inmerso en una vorágine que suspendía mi respiración y anulaba

mis sentidos y mis facultades mentales.

Creo que lo que en verdad ocurrió es que perdí el conocimiento.

***

Palpé las frías paredes del palacio de hielo y aquel tacto familiar me despertó.

Abrí los ojos y me estremecí de frío: me hallaba en el fondo de la grieta.

Pero ¿de dónde brotaba aquel fulgor lechoso que convertía en diamantes los altísimos témpanos de hielo...?

Me puse en pie, froté mis brazos y mis piernas para que el torrente sanguíneo circulase más aprisa y expandiese el calor por mis fríos miembros.

De pronto me sentí desorientado. Debía ir hacia algún sitio, caminar, pero ¿hacia dónde?

No disponía de ningún elemento que me sirviese de guía. ¿Es que John Kurrie no había previsto aquella contingencia...?

Fue entonces cuando capté la ya familiar trepidación acompañada de aquel zumbido monocorde y molesto para los oídos.

Avancé unos pasos a través del dédalo sinuoso.

¿Era más potente el zumbido ahora o se trataba de una ofuscación de mis sentidos?

De todas formas seguí avanzando. Y la vibración se fue haciendo sensiblemente más potente.

No puedo calcular durante cuánto tiempo caminé ni la distancia que recorrí. Sí, sé que bruscamente me detuve ante una altísima cortadura en el hielo. Me introduje en ella y avancé.

Al resbalar, apoyé una mano en el liso hielo esplendente y advertí, con sorpresa, que no se trataba de un témpano, sino de una espejeante superficie de material cristalino, pues mis dedos no se humedecieron.

Palpaba y palpaba, intrigado, aquel muro, cuando la angosta cortadura se abrió silenciosamente a mi espalda.

Di un brinco de sorpresa e incluso se me escapó una exclamación contenida.

Lentamente las entrañas heladas se dividían y ampliaba hasta dejar una abertura amplia, dejando ver una rampa que se perdía en los senos del satélite.

La vibración había cesado por completo. Aquella abertura parecía una invitación implícita para que yo me deslizara por ella.

Avancé, temeroso.

De improviso, una elevada silueta salió a mi encuentro.

Admirado, contemplé aquellas facciones mongólicas, el liso rostro de pómulos aguzados,

desprovisto de vello, el despejado cráneo, los dilatados pabellones auriculares...

—Yo-Heen-Darii, tú-Glen-Flanders... Yo-Heen-Darii, guía de Glen. Tú vas... Vienes a seguirme ya-abajo —pronunció en aquella extraña jerga medianamente inteligible, pero con una voz sorprendentemente pura y armoniosa.

¡Era el alienígena, cuyo cadáver habíamos arrancado al hielo!

Dudé, pero Heen-Darii sonrió, me tendió una mano... y ello me decidió. En verdad, aquel «Contacto en la III Fase» no me había producido escalofríos de terror, pues Heen-Da-rii (como Jane me aseguraba) era un ser sumamente amable y cordial.

Caminaba ante mí de forma desmañada y bamboleante que me llamó la atención, pero recordé que era lógico puesto que aquel ser había *dormido* un sueño de varios siglos y su cuerpo debía encontrarse aún envarado y rígido.

La galería por la que nos adentrábamos en las profundidades de Ganímedes se tornaba más y más amplia a cada paso. Sus muros se separaban y su techo se elevaba muchos metros por encima de nuestras cabezas.

Fue un recorrido fascinante, a lo largo del cual atravesamos inmensas estancias circulares de

proporciones inimaginables, ascendimos a niveles superiores y me fue dado contemplar multitud de instalaciones de aspecto extraño, no familiar para los ojos de un terrestre.

Heen-Darii se detuvo bruscamente y se volvió hacia mí.

—Atención Tú-Glen: Consejo Cósmico reunido para reci-bir-tú... ¿Preparado ánimo, Tú-Glen Flanders? —me preguntó.

Tragué saliva. Las piernas me flojeaban.

—Todo bien —me confortó Heen-Darii con un destello amable de sus ojos dorados—. Si tu-amigo, todos-Parix-Gran Consejo-amigos.

—Estoy preparado —dije, aunque sentía una extraña conmoción anímica.

Heen-Darii se puso en marcha y yo afirmé mis pies sobre el pulido pavimento y le seguí.

La suerte estaba echada.

CAPITULO XIV

De pronto me sentí minúsculo e insignificante al ocupar un lugar en medio del inmenso coliseo.

Hasta entonces había hecho un gran esfuerzo para aislarme en mí mismo y no clavar mis ávidas pero temerosas miradas en los rostros de los miles de seres que ocupaban las gradas.

Pero al fin la curiosidad se impuso a todo temor y miré, miré con ansiedad.

Lo primero que experimenté fue un sentimiento de admiración.

La altísima cúpula expandía una claridad total, cenital, que iluminaba la gran estancia circular como si la alumbrase la más clara luz del día.

En lo alto, presidiendo la asamblea, estaba el enorme logograma del Consejo: un luminoso mapa del Cosmos sobre un fondo azul oscuro.

Mis ojos descendieron y se posaron en aquellos

seres. Kurrie tenía razón: algunos ¡eran tan distintos! Criaturas inteligentes amorfas, con enormes mejillas fláccidas, extrañas protuberancias en los cráneos, piel olivácea, miembros disformes, cabellos enmarañados de color azul turquesa, rostros afilados y otros tan redondos como una naranja; unos corpulentos, otros obesos, algunos con talla de pigmeo y otros gigantescos. Con ojos enormes, fosforescentes, o pequeños, inquisitivos como lo de los roedores.

Pero en todos había una relación común: la majestad y autoridad de que parecían investidos y la serenidad de sus facciones. No había rencor en sus rostros ni severidad en su talante.

Entonces me di cuenta de que me encontraba relajado, que no experimentaba ya inquietud ni temor.

Con más tranquilidad, seguí observando a los seres que componían el Consejo. Descubrí a individuos semejantes a Heen-Darii y contemplé a otros de rasgos negroides, corpulentos, pero de baja estatura.

En aquella inspección, mis ojos descubrieron a John Kurrie, que ocupaba un lugar ignoto, casi impalpable, en la magna asamblea. Sin embargo, sus ojos se cruzaron con los míos y sonrieron, inspirándome confianza.

—El Consejo está dispuesto a escucharte, Glen Flanders —pronunció entonces Kurrie con voz

vibrante—. ¿Cuál es vuestra decisión?

—He sido delegado *por* el mayor Burnside para hablar ante este Consejo —pronuncié con voz clara—. Nuestra respuesta es positiva.

Un leve rumor acogió mis palabras.

Pero Kurrie insistió.

—Como miembro del Consejo, insisto. ¿Cuál será vuestra conducta futura?

—El Consejo sabe que todos estamos supeditados a autoridades superiores. No podemos abandonar nuestros proyectos por nuestra simple decisión, pero redactaremos un amplio y documentado informe desaconsejando globalmente el proyecto Ganímedes-I. Tengo fundadas esperanzas de que nuestros rectores de la Tierra oirán nuestra opinión y el proyecto será anulado —pronuncié. Tras lo cual añadí—: En primer lugar, quedan suspendidas las experiencias en el páramo Einstein y en cualquier otro lugar de Ganímedes.

Un nuevo rumor quedo y luego la respuesta de John Kurrie:

—Tus palabras son sensatas, Glen Flanders. El Consejo acepta vuestra promesa y desea comprensión en vuestros rectores terrestres. Ahora, uno de nuestros guías te devolverá a la Base. Personalmente, a todos os deseo buena suerte, querido Glen Flanders.

Me volví, desorientado. ¿Todo había terminado?

De una forma implícita, yo había tenido desde el principio la esperanza de encontrar en aquel lugar a Jane. Pero la Esplendorosa no aparecía por ninguna parte. Evidentemente no se encontraba en el coliseo del Consejo.

Heen-Darii se había aproximado a mí. Todo en su actitud decía a las claras que debía limitarme a seguirle.

Tuve que forzarme mucho para no volverme y pronunciar una pregunta. De todas formas, cuando quise reaccionar caminaba a través de las vastas estancias subterráneas, lejos del Coliseo.

—Heen-Darii, quizá tú puedas comprenderme. Yo amo a Jane, ¿entiendes? ¡La necesito, pues no podría vivir sin ella! —exclamé, desesperado.

—Yo-Heen-Darii entender —respondió, sin volverse—. Tú-Glen venir.

¿Me llevaba adonde se encontraba Jane?

Por desgracia, mi guía no se proponía nada semejante. Cuando me di cuenta me encontré en la rampa que me había llevado a las profundidades y Heen-Darii me despedía con la misma afabilidad de mi llegada.

— ¿Jane? —murmuré.

—Tú-Glen ir ahora. Todo bien, todo bien —repitió monótonamente. Y ante mi sorprendida actitud,

retrocedió.

Los muros de sólido cristal se aproximaron y cerraron herméticamente entre sí.

Acababa de regresar de un mundo insólito y difícilmente comprensible, pero debería marcharse sin Jane y ello llevaba a mi ánimo una desdichada sensación de frustración y soledad.

Caminé desalentado sobre el hielo, sin saber qué rumbo habría de seguir. Tampoco era necesario. Un fulgor celéreo descendió sobre mí en aquel momento, me envolvió en azulada vorágine y sentí que mi voluntad se apagaba y mis sentidos quedaban completamente anulados.

***

Mis camaradas me hallaron al amanecer, vagando por la inmensa soledad helada. Me hicieron subir a un vehículo a orugas y me trasladaron a la Base, donde el doctor Collins, tras un largo reconocimiento físico, me administró una inyección sedante.

Me dormí pensando en Jane, mi esplendorosa y entrañable Jane, cuyo destino era tan incierto y difícil.

Pero al menos tenía la esperanza de que no se produjeran nuevos y dramáticos «Encuentros en la IV Fase».

***

Me despertaron doce horas después.

Era Evan Collins el que me observaba con su rollizo rostro pleno de satisfacción y una amplia sonrisa en los labios.

— ¡Algo increíble, Glen! —exclamó, cuando me supo suficientemente despierto.

— ¿Una noticia? —pregunté, anhelante.

— ¡Sí! El mayor Burnside ha recuperado la vista. Algo incomprensible, milagroso quizá, puesto que no había curación para él. Pero esta misma mañana comenzó a gritar, alborozado. Cuando llegué junto a él, clamó: «Puedo ver, doctor Collins, ¡puedo ver!» Y me lo demostró de forma evidente, poniéndose poco después a redactar un informe para la agencia Espacial. Burnside quiere verle. Supongo que desea contar con usted como asesor.

—Ya —respondí, con cierta sequedad.

Bueno, no voy a negar que era una buena noticia la que Collins me traía, pero yo había esperado *otra clase* de buena noticia.

De todas formas, me vestí y aseé y me encaminé a la sección «D». Tenía que cumplir con mi deber hasta el último paso.

No era muy agradable trabajar en mi deplorable

estado de ánimo, pero aún tenía una débil esperanza.

Trabajamos de firme en nuestro informe. En resumen, venía a decirse que de nuestras experiencias se deducía que la plasmación del proyecto Ganímedes, con el desplazamiento del satélite hacia Venus, podría causar una conmoción planetaria de importancia cósmica, capaz de desencadenar un verdadero desastre. Y, por Dios, que no faltábamos a la verdad con este aserto.

Nuestra central transmitió el largo informe al centro intermedio de Marte y de allí fue reexpedido automáticamente a la Tierra.

A partir de entonces, los días se sucedieron monótonamente en GAD-UNO. Suspendidas todas las actividades científicas, mis camaradas mataban el tiempo dedicados a la holganza, al deporte y a los pasatiempos.

Por mi parte, hacía varias visitas diarias al ala este para pasar interminables horas en la cabina de Jane Winterman. Con enfermiza obsesión, rememoraba aquella noche de amor vivida en su compañía, ordenaba los muebles y enseres y pasaba largos ratos leyendo y releyendo aquel mensaje escrito con rojo de labios en su espejo.

«Volveré...» Pero no volvía. Y yo cada ve/, me sentía más triste y desanimado.

Diez días después llegó la respuesta de la Agencia

Espacial terrestre. Era un láser-mensaje urgente.

El texto era escueto y estricto, pero todos dimos un suspiro de alivio cuando conocimos su extracto:

> «Operación Ganímedes anulada globalmente. Desmantelen GAD-UNO, después de recoger documentación, y vuelvan a la Tierra...»

Seguían instrucciones específicas para el regreso. Montar los elementos propulsores de GAD-UNO, obtener una astronave semejante a la que nos había servido para llegar a Ganímedes, etapa en el Interlab en órbita sobre Marte, relanzamiento a la Monn-Base y destino final a la Tierra. Coleccionar documentación sobre Ganímedes, montar elementos para la nave que nos permitiría dejar atrás para siempre el satélite...

En lo que respecta a mí, no sentía el menor entusiasmo. Más bien podría llamarse desesperación al sentimiento que me agobiaba.

Porque... ¿cuál sería mi destino cuando abandonásemos Ganímedes sin Jane? Kurrie quedaba allí por su propia voluntad, cumpliendo una misión que yo sabía trascendental.

Pero ¿y Jane? ¿Qué iba a ser de ella?

Me martirizaba atrozmente imaginando que en el corazón de Jane se habían avivado los rescoldos de la hoguera, las cenizas del afecto que anteriormente había demostrado por John Kurrie.

—Es posible que me haya olvidado. La proximidad de un hombre tan entero como John ha debido influirla. ¿Por qué no pensar que ella ha decidido quedarse con Kurrie en ese monumental Palacio de Hielo hasta el fin de sus días?

Estas y otras posibilidades no menos crueles se me ocurrían a cada momento, mientras llevaba a cabo —con desgana— mi parte de trabajo en los preparativos de la marcha.

Paso a paso, día a día, la Base GAD-UNO fue siendo desmantelada, módulo a módulo, en las partes que nos interesaban para ensamblar el vehículo que nos llevaría lejos de Ganímedes.

La fecha de partida fue acercándose con una velocidad que yo no deseaba de ninguna forma.

Me imaginaba mi desesperación el día que el mayor Burnside diera la orden de dar ignición a los propulsores que nos elevarían hacia confines lejanos.

Conservé, sin embargo, la esperanza hasta el último día. Ya sólo faltaban doce horas para emprender el vuelo y...

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Y volé hacia el despacho del mayor Burnside.

— ¿Qué ocurre, Glen? —preguntó mi jefe, distraído.

—Es preciso que nos comuniquemos con *ellos,* señor —dije.

— ¿Para qué? —preguntó Burnside, sin interés (en realidad él se sentía secretamente feliz de abandonar Ganímedes, y ello era lógico, puesto que la estancia en el satélite sólo le recordaba momentos dramáticos y dolorosos, que deseaba olvidar).

—*Ellos* deben saber que hemos cumplido con nuestra palabra y que nos disponemos a alejarnos —insistió.

No parecía muy satisfecho con mi insistencia, pero lo cierto es que reflexiono sobre ello.

—Está bien, Glen. Si ello le sirve de consuelo...

Corrí hacia el restringido centro de operaciones de que disponíamos, tras el desmantelamiento general. Allí estaba mi excelente Mary Jefferson dispuesta a echarme una mano. Le expliqué lo que deseaba y asintió.

—Transmitiré con toda la potencia y a través de lodos los canales disponibles —aseguro—. Descuide, Glenn. Insistiré hasta que capte una señal. ¿Quiere redactarme el mensaje?

Se lo di. Era muy sencillo, apenas unas palabras llenas de ansiedad...

Pero Mary Jefferson se cansó inútilmente. Transan nerón cuatro horas y su escucha constante no sirvió de nada.

Y de repente ella dijo:

— ¿Por qué no prueba con su propia voz, Glenn?

Colóquese aquí: voy a transmitir su imagen por televisión las antenas electrónicas de la astronave nos servirán muy bien

Me senté ante el panel, muy nervioso, tan inseguro como un bebé. Y cuando Mary me hizo una señal, comencé a transmitir:

—Habla Glen Flanders. Comunicación para John Kurrie, del Consejo Cósmico de Vigilada...

Pasaron unos minutos. Yo consultaba impaciente mi reloj. Sólo faltaban seis horas, menos aún: cinco horas y cuarenta y cinco minutos.

De pronto brilló la señal y la pequeña pantalla del televisor acusó un leve parpadeo luminoso.

¡Y allí estaba el rostro de John Kurrie!

—Aquí estoy, Glen. Puedes hablar —me invitó.

—Hemos... hemos cumplido nuestra palabra, John. La Agencia Espacial ha anulado la operación Ganímedes. GAD UNO está desmantelada y dentro de pocas horas emprenderemos el vuelo, lejos de aquí.

—Magnifico, Glen. Os felicito de todo corazón por vuestro éxito. ¿Algo más antes de desearos un feliz retorno a la Tierra?

— ¡Jane! —El grito se escapó de mi garganta en contra de mi voluntad—. ¡Necesito a Jane! ¿Por qué no vuelve? ¡Ella me prometió...!

—Amas mucho a Jane, ya lo veo —sonrió Kurrie,

comprensivo—. Te confieso que hubiera preferido que ella se quedara, pero comprendo que Jane no sería feliz aquí... sin ti.

— ¿Entonces? —clamé, angustiado. Mi ánimo oscilaba en aquel instante entre la esperanza y la más negra desesperación.

— ¡Buen viaje, Glen! —Respondió, Kurrie—. ¡Feliz travesía a la Tierra!

La imagen desapareció, la comunicación cesó bruscamente.

— ¿Qué habrá querido decir? ¿Cuál será la decisión? —casi chillé, dirigiéndome a Mary.

—Calma, Glen. Ten confianza —respondió ella, apoyando una mano en mi hombro.

Miré ansiosamente al exterior. Sólo se veía la llanura espejeante y solitaria.

Dos horas más tarde todo seguía igual. El mayor Burnsi-de había ordenado un calentamiento previo de los sistemas de propulsión.

Yo me refugié amargamente en un rincón de las instalaciones, perdida toda esperanza.

Hasta que oí el grito de Chuck Jones.

— ¡Es Jane, es Jane *la Esplendorosa!*

Me incorporé de un salto y corrí hacia el centro de comunicaciones.

Jane caminaba firme y decidida hacia nosotros' Traía el rostro arrebolado y la llamarada roja de sus

cabellos flotaba airosamente sobre sus hombros.

Corrí irreflexivamente hacia ella. Jane aceleró su marcha al verme y gritó:

— ¡Glen, querido Glen!

Nos fundimos en un abrazo prieto y anhelante. Nos besamos como dos locos y volvimos a abrazarnos y a acariciarnos hasta que la voz del mayor Burnside nos obligó a volvernos.

—Se aproxima la hora de partir, Glen. Le necesito.

Juntos, abrazados y felices, ascendimos a la astronave. Mary Jefferson sonreía satisfecha.

Tuve que atender a Burnside en el momento culminante y siempre arriesgado del despegue.

Había que olvidar por una hora a Jane, refrenar mi curiosidad, concentrarme en los cálculos, atender las peticiones e instrucciones del mayor Burnside.

Pero ahora mis nervios estaban relajados y mi mente libre de perturbaciones.

Tenía a Jane. ¿Qué más podía pedir?

Una hora más tarde, una fuer/a de miles de toneladas de potencia nos elevó al éter y nos situó en órbita alrededor de Ganímedes. Algún tiempo después abandonaríamos el vuelo orbital para volar libremente lejos del satélite.

***

Aspiré profundamente el aroma de su cuerpo desnudo y rocé en una caricia suave sus mejillas con mis labios.

Ella suspiró de puro placer y se volvió y abrazó a mí, insinuante y propicia.

Más tarde, reposando relajados y ahítos, la miré interrogante.

— ¿Qué piensas de todo aquello? —pregunté.

— ¿De qué? —respondió, confusa.

—Del Palacio de Hielo, de los extraños individuos del Consejo Cósmico de Vigilancia, de la decisión de Kurrie de quedarse allí como miembro… Debiste ver cosas apasionantes allá abajo —insistí.

La verdad es que sentía una gran curiosidad por conocer todo lo relacionado con la larga estancia de Jane en las profundidades.

Jane abrió unos ojos inmensos, donde se reflejaban la sorpresa y la incomprensión.

— ¿De qué hablas, Glen? —exclamó—. La verdad es que no entiendo una sola palabra.

—Pero ¿no recuerdas que...? —empecé a decir. Pero de improviso comprendí la verdad: por alguna extraña razón, Jane lo había olvidado todo.

Sólo recordaba que se había perdido. No sabía nada acerca de Heen-Darii y consideraba que Kurrie estaba muerto y su cadáver sepultado bajo el hielo.

Nada más.

Jamás pude explicarme esta amnesia parcial. Pero quizá fuera mejor así. A partir de entonces Jane *la Esplendorosa* sólo pensaría en mí.

FIN

[1] Ganímedes, el mayor de los satélites del planeta Júpiter, con una masa similar a la de Mercurio, es una esfera insólita que muestra numerosas marcas aún no identificadas, cráteres de volcanes, y cuya superficie aparece cubierta de hielo.

[2] Winterman. significa, literalmente en inglés «Hombre del Invierno».